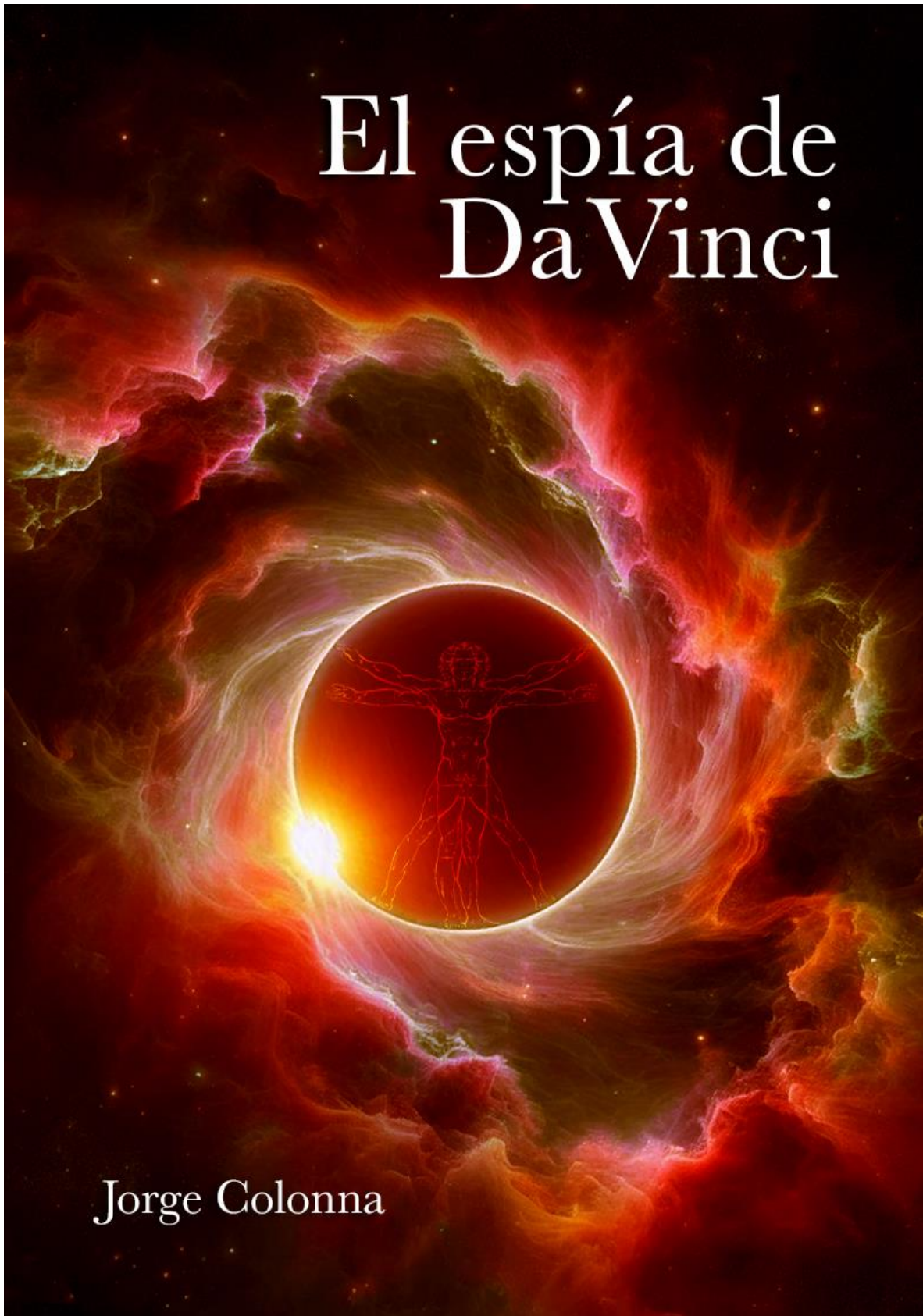


El espía de Da Vinci

Jorge Colonna



El espía de Da VINCI

“Una pequeña verdad es mejor que una gran mentira” **LEONARDO DA VINCI**

¿Y si el mayor engaño de la Historia no hubiera sido una mentira, sino una verdad mal entendida? **Jorge Domecq**

Para Gaia, mi nieta, en el día de su segundo cumpleaños.

Jorge Colonna, 2026

INDICE

0. Monólogo
1. Codex Atlanticus
2. Biblioteca Ambrosiana de Milán
3. Agente ruso
4. Espías en Belgrano
5. Vladímir Putin
6. ¿Suicidio o asesinato?
7. Bodegón de Castelar
8. Florens Solaris
9. Criptología digital
10. Energía solar en el espacio
11. Thomson Reuters
12. Mafia china
13. Periodista asesinado
14. En prisión
15. Custode della Luce
16. Archivo Vaticano
17. Criptas jesuíticas
18. Mecanismo cosmológico
19. Maldición cósmica
20. Un umbral hacia...
21. Tiroteo
22. La CIA
23. El libro imposible
24. Gatopardismo
25. Investigación digital
26. Narrativa funcional
27. Grito de tero
28. Epílogo

0. Monólogo

Perseguido por un sicario implacable, mis energías se agotaban: el final era inminente. Fue entonces cuando el maullido de Negro me liberó de la reiterada pesadilla. Empapado en sudor, inmerso en la zozobra y la angustia, abrí los ojos.

¡Basta! Fue lo primero que pensé al despertar.

Basta, como si la palabra tuviera el poder de detener una vida en curso. Como si fuese suficiente decirla para que las cosas, por una vez, obedecieran.

Me levanté despacio. El cuerpo tardó en reaccionar. Las rodillas rígidas. La espalda rebelde. El corazón cansado. Me miré en el espejo del baño. El rostro delataba ocho décadas grabadas sin pudor: ojeras profundas, manos temblorosas. El espejo me mostraba la verdad, a pesar de que no quería verla.

¿Qué hago yo, a esta edad, investigando crímenes, interactuando con Interpol y la CIA, esquivando explosiones y persecuciones a los tiros, huyendo de matones, secuestradores y autoridades corruptas?

¿Qué hago yo, descuidando mi salud y arriesgando mi vida, como si todavía fuera un joven imberbe sin nada que perder? Arrastro demasiados borradores de novelas pendientes y muchos placeres pequeños por disfrutar.

Ahí están los libros que nunca terminé porque siempre hubo algo más urgente. Una llamada con información. El encuentro con una fuente. Una denuncia que no podía ignorar. Durante décadas me dije que lo hacía por responsabilidad. Ahora empiezo a sospechar que

fueron excusas para atenuar mi soledad y buscarle sentido a mi vida. Pero lo verdaderamente alarmante es que se hizo costumbre. El peligro hecho rutina deja de serlo.

Mi vida podría ser otra cosa. Debería ser otra cosa: reuniones con amigos, caminatas, almuerzos compartidos, partidas de ajedrez,.... No pido felicidad; a esta altura me conformo con tranquilidad.

¿Entonces por qué sigo? ¿Por qué, si conozco los riesgos, continúo acercándome al fuego como si fuera inmune? Tal vez porque nunca dejé de ser un periodista de investigación. Tal vez porque le temo más a la vejez que al peligro.

Lo cierto es que las piernas dudan y el pulso traiciona. Y la memoria, esa aliada caprichosa, se empeña en recordarme a los que no llegaron hasta acá: mi amada Leonor, amigos, colegas. Todos ignoraron la finitud de la vida.

Basta, me repito. Basta de esta pasión insalubre. Basta de fingir que el peligro me mantiene vivo cuando, en realidad, me va matando de a poco. Basta de confundir adrenalina con motivación y razón de ser.

Y sin embargo...

Siempre hay un dato que aparece. Una historia que no cierra. Un acontecimiento sospechoso que pide ser investigado.

Y entonces entiendo que mi problema, el de toda la vida, fue buscar la verdad.

La verdad no me deja en paz. Nunca lo hizo. Así que sigo. Aunque no debería. Aunque cada paso me acerque más al final.

Sé a qué me expongo pero no puedo dejar de ser yo mismo.

Fue en ese instante —con el café todavía sin preparar, con Negro acurrucado en silencio— cuando la escuché. No como una voz real, sino como un recuerdo atemporal e inevitable.

La voz de Leonor. Dulce. Serena. Evanesciente.

—Mi amor...creo que necesitás un período sabático —me dijo—.
¿Por qué no volvés a París y recorrés los lugares donde fuimos tan felices?

No respondí.

No suelo hacerlo.

Pero, por primera vez, no descarté la idea.

1. Codex Atlanticus

Bajo un plomizo cielo otoñal, abandoné el Aeropuerto Charles de Gaulle y tomé un taxi hasta Montmartre. Tenía reservas en el mismo *Bed & Breakfast* donde, una década atrás, habíamos estado alojados con Leonor.

Estaba ubicado en una callejuela angosta y empinada, en pleno barrio de pintores, rodeado de burdeles y cabarets. En esta oportunidad opté por una habitación individual, en la mansarda, pequeña pero con vista a las cúpulas del Sacré-Cœur. Un lugar acogedor, excepto por las intermitencias en el suministro de agua caliente para la ducha.

Como admirador de Cortázar, descargué en mi celular la aplicación que guía por los lugares donde él o sus personajes deambulaban por París. Así, volví a recorrer los puestos de libros de los *bouquinistes* junto al Sena, hasta la plazoleta de la Académie Française frente al Pont des Arts, donde comienza su novela "Rayuela". Después visité la Galerie Vivienne, donde transcurre "El otro cielo". Por último, recalé en "Old Navy", el bar donde Cortázar solía escribir.

El cuarto día, bien temprano, me dirigí a la Gare Paris Bercy y tomé el tren a Amboise,

Esa misma tarde, atravesé la puerta del Château du Clos Lucé con la ingenua esperanza de sentirme envuelto en la magia de Leonardo Da Vinci. Era una ilusión, pero una ilusión seductora.

La atmósfera de su última morada parecía suspendida en el tiempo. En su dormitorio, la cama renacentista tallada con angelotes compartía el protagonismo con una gran chimenea que ostentaba el

escudo de Francia. Sin embargo, fue el ventanal de tres arcos góticos el que atrapó mi atención. Desde allí, Leonardo solía contemplar el castillo del rey Francisco I, su amigo y protector. Me pregunté cuántas ideas adelantadas a su tiempo habrían germinado ante esa vista.

El gabinete de trabajo era un santuario. Muebles de ébano con incrustaciones de marfil, instrumentos de medición, bocetos....Pero nada se comparaba con el aura que irradiaba el *Codex Atlanticus*.

Me incliné sobre sus páginas escritas al revés, de derecha a izquierda, como una invitación al misterio. Leonardo obligaba a ser leído con ayuda de un espejo, tal vez por seguridad o, quizás, porque todo genio tiene sus caprichos.

Cada hoja contenía un universo: máquinas voladoras, estudios anatómicos, inventos robados al futuro. Me sentí hipnotizado. ¿Cómo funcionaba esa mente? ¿Cómo imaginar lo que aún no existe? La respuesta parecía estar ahí, delante de mis ojos, al alcance de la mano.

Y fue entonces cuando sucedió.

Un grupo de turistas japoneses irrumpió en la sala con el bullicio propio del entusiasmo. Uno disparó un flash y el guardia reaccionó. En medio del revuelo, lo vi: un hombre con mano ágil, precisa, tomó unas hojas del código. Las ocultó bajo el abrigo y se escurrió entre los visitantes. Nadie más lo notó. Nadie... excepto yo.

Me quedé quieto. Era el único testigo de un robo silencioso. Podía alertar al personal o seguir al ladrón. Guiado por la ambición, elegí lo segundo.

2. Biblioteca Ambrosiana de Milán

Ya afuera del *château*, mientras mi corazón se aceleraba y un escalofrío recorría mi espalda, vi al ladrón subirse a una moto conducida por un joven con la camiseta del Club Amboisien. El motor rugió y, en un instante, se esfumaron. Me quedé allí, incrédulo. Convertido en cómplice mudo de un crimen histórico.

Más tarde, sentado en un murallón junto al Sena, me debatía entre la culpa y la negación. ¿Por qué había hecho eso? ¿Importaba siquiera? Una, dos, tres sirenas policiales comenzaron a sonar. Pero iban en dirección contraria. El azar, cómplice silencioso, colaboraba con mi impunidad.

Esa noche, los noticieros trajeron una revelación inesperada: las hojas robadas eran una copia. El original, custodiado en la Biblioteca Ambrosiana de Milán, estaba a salvo. Para el mundo, fue un alivio. Para mí, una frustración profesional. Había sido testigo de un robo... que no valía nada.

Al día siguiente, mal dormido y con sentimientos contradictorios, recibí un mensaje del director de Castelar Digital. Quería que cubriera el caso. A pesar de su insignificancia patrimonial, la noticia había explotado. Para mí, era una oportunidad. No de redimirme, pero sí de entender el por qué de aquel robo.

Había sacado una foto: una instantánea de la huida. La moto, la matrícula, el modelo, la camiseta, incluso el rostro del conductor. Llamé a un viejo contacto en Interpol París. Pedí datos sobre la moto. No mencioné el código. A veces, no conviene decir toda la verdad.

La respuesta llegó rápido: la *Ducati Strada* pertenecía a un tal Lionel Garnier, chofer de Uber, domiciliado en Amboise. Demasiado

fácil.

Contacté a Lionel y solicité un viaje al Clos Lucé. Al subir, Lionel notó mi acento.

—¿Argentino? —preguntó, sonriendo—. Mi nombre es por Messi.

Eso rompió el hielo. Durante el trayecto le hablé del día anterior. Recordaba haber llevado a un pasajero al museo y esperarlo. Le mostré la foto. Asintió.

—Lo llevé al Hôtel Le Blason, en la rue Richelieu.

Le ofrecí cien euros por un dato: quería saber el nombre del huésped. Lionel entró, habló con la recepcionista y volvió.

—Lautaro Mayer Muños. Pasaporte argentino.

Esa noche, de regreso en mi hotel, pensé en la copia robada y entendí que el valor no estaba en el papel, sino en lo que contenía. Para algunos, el conocimiento era poder.

Llamé nuevamente a mi contacto en Interpol. Esta vez, le conté todo. Me confirmó que Lautaro Mayer Muños había llegado a Francia dos semanas antes y que ese mismo día abordaba un vuelo de regreso a Buenos Aires.

Imposible detenerlo sin pruebas. Tampoco podía alcanzarlo. Pero podía seguir su rastro.

Sin opciones, llamé al director de Castelar Digital y acordamos mi regreso inmediato a la Argentina.

Tenía una historia. Pero apenas comenzaba.

3. Agente ruso

Regresé a casa con la ansiedad de quien convive con una mascota. Negro, mi gato, me recibió con una mirada severa y un ronroneo ceremonial. Reproche y bienvenida, todo en uno. Los ambientes olían a encierro. Y a gato.

Mientras él volvía a su siesta, abrí las ventanas y, antes de desarmar la valija, llamé a la rotisería y pedí pollo al horno con papas.

Después de almorzar, superando la modorra y el *jet-lag*, me lancé a la búsqueda de Lautaro Mayer Muños. Nada. Ni un rastro. Ni un perfil en redes sociales. Ni siquiera una multa. Para el mundo digital, no existía.

Pensé en Rossini, mi fuente informal de datos confidenciales, muerto tiempo atrás. Pensé en Weiss, el exdirector de *Reuters*, cuyo archivo infinito podía reconstruir la historia del mundo moderno. También muerto. También insustituible.

A mis ochenta años, sin contactos y sin brújula, recurrí a lo único que siempre me ayudó a pensar: el ajedrez.

Abrí Lichess.org. Jugué e4. Mi rival contestó con e6. Defensa Francesa. Y entonces, la recordé.

Joanna Grau. Campeona infantil. Mente prodigiosa. Hoy, analista en inteligencia criminal. Y jugadora feroz de la Defensa Francesa. Si alguien podía encontrar a Lautaro Mayer Muños, era ella.

Caminé hasta la Plaza Cumelén. Era abril. El sol se filtraba entre los plátanos amarronados, y el vagón de tren funcionaba como centro cultural. Tuve suerte. La encontré frente al tablero: melena negra cuidadosamente desordenada, con algunas canas que el viento apenas movía. Concentrada. Seria. Enfrentaba a un joven nerd, pálido

y algo nervioso.

Ella sacrificó un peón. Él aceptó. Error fatal. Un alfil se deslizó como una estocada y la reina blanca quedó clavada ante su rey.

Victoria.

—¿Qué te trae por acá? —preguntó, sin mirar.

—Un robo internacional. Estoy varado.

—Y yo que esperaba una propuesta romántica —bromeó.

Seguía siendo hermosa.

Le conté lo esencial: el código, Lautaro, la moto, el hotel. Omití detalles. Periodismo selectivo.

—¿Hiciste la denuncia?

—Era una copia. Prefiero entender la trama.

Asintió. Sabía leer entre líneas.

—¿Todavía estás en la SIDE? —pregunté.

—No. Ahora en el Ministerio de Seguridad. Menos *glamour*, más burocracia. Pero puedo ayudarte.

Después, hablamos de sus hijos. Del nieto que le mandaba *selfies*. Del ex marido que aún le hacía reír. La SIDE, dijo, era una adicción oscura: espías sin rostro, sin ética, sin patria. Un agujero negro al servicio del poder.

Quedamos en contacto. Días después, recibí su mensaje: “Lo encontré”.

Nos citamos en el Café García. Villa Devoto: vitrales, olor a buen café, fotos de Maradona y Gardel. Llegó puntual, elegante, atractiva.

—Mayer Muños no tiene antecedentes —dijo sin preámbulo—.

Pero su hermana juega en otra liga.

Me contó todo. Se hace llamar María Rosa. Pero en realidad es

Anna Dultseva. Casada con Artiom Dultsev. Espías rusos. De los que brindan con Putin.

—¿Los que cayeron en Ucrania? —arriesgué.

—En Eslovenia —me corrigió.

—Creo que una periodista argentina ganó un Pulitzer con ese caso.

—Tal vez. Yo sólo busqué lo que nadie quiere que se sepa —y, como quien entrega algo peligroso, me dio un *pendrive*.

—¿Qué vincula al código con estos espías? —pregunté.

—No lo sé. Pero Lautaro aparece en estos registros.

Terminamos los cafés. Ella tenía otro compromiso y yo...un *pendrive* en el bolsillo, que pesaba como un secreto.

4. Espías en Belgrano

Aquella noche, tras alimentar a Negro, recalenté una presa de pollo al horno y —como consuelo— la acompañé con un Malbec que guardaba para mejores ocasiones. Encendí la *notebook* y abrí el archivo que me había enviado Joanna, con los primeros datos sobre el ladrón del códice.

Lautaro Mayer Muños. Monotributista. Sin antecedentes. Un hombre gris, anodino. Salvo por un detalle que lo volvía interesante: su hermana, María Rosa Mayer Muños. Curadora de arte. Y, según informes reservados, agente del espionaje ruso.

A simple vista, la conexión era endeble. Pero los periodistas sabemos que lo endeble, lo absurdo y lo sospechoso suelen ser puertas hacia la verdad.

Como Lautaro era un fantasma digital, decidí concentrarme en su hermana: la espía. Empecé por una crónica que recordaba con admiración —y un poco de envidia profesional—. Su autora, Silvina Frydlewsky, había ganado un premio internacional con el artículo titulado “*Los espías rusos de al lado*”.

Contaba el caso de un matrimonio arrestado en Eslovenia, tras años de vida encubierta. Dos agentes rusos, Anna y Artiom Dultsev, con pasaportes argentinos. Vivían en Belgrano. Tenían hijos. Los llevaban al colegio. Y por las noches, desde la azotea de su edificio, enviaban mensajes cifrados a Moscú.

Eran “ilegales”: espías sin cobertura diplomática, sin vínculo alguno con embajadas. Si los atrapaban, nadie los reclamaba. Nadie los conocía. Eran los nadies al servicio de Putin.

No era una novela. Era la realidad.

Mientras saboreaba el último trago de Malbec y Negro simulaba dormir, comprendí que debía reconstruir la historia. ¿Qué hacían esos espías en Argentina? ¿Cuál era su misión?

En 2022, el matrimonio había sido arrestado, en Eslovenia. Tras meses de negociaciones, la pareja fue intercambiada en el mayor trueque de espías desde la Guerra Fría.

Lautaro, hermano de María Rosa, se salvó. Estaba en Buenos Aires. No sabemos si por azar o por estrategia. Tal vez por ambas.

Cerré la *notebook*. Me fui a dormir con una certeza: tenía que ir al barrio de Belgrano. Tenía que ver con mis propios ojos.

Al día siguiente, tomé el tren hasta Once y luego la combinación de subtes hasta Cabildo y Juramento. Caminé por esas calles y pregunté a vecinos. Algunos recordaban a una pareja cordial, siempre sonriente. Otros aseguraban no haberlos visto jamás. Eran sombras. Pero sombras eficaces. Vivieron allí más de una década. Se casaron. Tuvieron hijos. Asistieron a actos escolares, cumpleaños, reuniones de padres. Vivieron entre nosotros casi como espectros.

Durante el regreso a Castelar, una frase del ex presidente Alberto Fernández resonó en mi memoria:
"Argentina será la puerta de entrada de Rusia a América Latina". ¿Y si no fue una metáfora? ¿Y si esa puerta había sido abierta... desde adentro?

Esa noche, con Negro ya comido y dormido, busqué estadísticas. Ingresos de ciudadanos rusos. Solicitudes de residencia. Pedidos de radicación. Desde la guerra en Ucrania, todo se había duplicado.

El mapa se reconfiguraba. Y yo tenía la sospecha —todavía sin pruebas— de que estábamos siendo parte de algo que nos excedía.

Revisé todo lo que encontré: un *dossier* de Infobae, informes filtrados, crónicas del *Wall Street Journal*. Cada artículo sumaba piezas al rompecabezas.

Lo que había comenzado con un código robado, escondía una red de espionaje mucho más activa. Mucho más profunda.

Y en el centro de esa red...estaba yo.

5. Vladímir Putin

El jueves siguiente, mientras disfrutaba del placer casi olvidado de fumar en pipa, mis ojos tropezaron con un titular en *The New York Times*, que escondía tremendas implicancias:

«Putin reactiva su red de espías ilegales tras la expulsión de 700 diplomáticos rusos por la invasión a Ucrania».

La nota, como suele ocurrir, lo decía sin dramatismos: *«La línea entre la inteligencia y la guerra se ha vuelto casi inexistente».*

Era exactamente lo que temía. Y también lo que me empujaba a seguir profundizando la historia para Castelar Digital. Pero sólo tenía conjeturas y necesitaba pruebas.

Le escribí a Joanna. Le mandé todo lo que había logrado reunir. Y, sin rodeos, le hice las tres preguntas que no me dejaban dormir: ¿Por qué Argentina? ¿Qué buscaban? ¿Cuál era el rol de Lautaro Mayer Muños?

Pasaron días sin respuesta. Días de husmear archivos, revisar informes olvidados y escarbar en las redes. Hasta que, al fin, llegó su correo.

Sin saludos. Sin introducción. Solo un archivo adjunto. Y una advertencia:

«No puedes revelar la fuente».

Lo abrí. Y el contenido fue peor que cualquier hipótesis.

Los hermanos Mayer Muños habían entrado por primera vez a Argentina en 2009. Se movían entre Brasil, Chile y Uruguay. Siempre discretos. Hasta que, en 2012, apareció en Viedma un tal Ludwig

Gisch. Nacionalidad austríaca. Nacido —supuestamente— en Namibia. Afirmó ser hijo de Helga Tatschke, según una partida de nacimiento que ya había sido usada antes.

En cinco meses, obtuvo la ciudadanía. Consiguió CUIT. Fundó una empresa. Luego, hizo 16 viajes al exterior. Servicios informáticos, decía. Pero el informe revelaba otra cosa: fachada. Se trataba de Artiom Dultsev, esposo de Anna Dultseva (María Rosa Mayer Muños).

En 2012 regresaron los espías rusos, esta vez con pasaportes mexicanos. Se instalaron en O'Higgins 2191, piso 9. Allí colocaron una antena ilegal en 2015. Y fundaron Art Gallery 514, una galería con cuenta en *Instagram*, eventos de arte y entrevistas culturales. Parecía real. Pero era una puesta en escena.

Tuvieron hijos. Sophie nació en 2013. Daniel en 2015. Y tres semanas más tarde, María Rosa y Ludwig se casaron. Un año después, alteraron el acta de matrimonio: ya no eran austriacos, ahora eran mexicanos. Austria comenzaba a revisar sus registros. Había que borrar huellas.

Vivieron como fantasmas eficaces. Padres amorosos. Comerciantes ejemplares. Vecinos cordiales. Pero desde 2017, comenzaron los viajes a Liubliana, Eslovenia. El nuevo centro de operaciones. Desde allí, sin visas ni controles, se conectaban con Moscú.

Hasta que en 2022, los atraparon.

La policía eslovena les incautó medio millón de dólares. La embajada rusa ya no podía encubrirlos. Los juzgaron. Fueron canjeados como piezas en un tablero de espías que nunca muestra su diseño completo.

En el avión que los llevó de regreso a Moscú, les revelaron a sus hijos la verdad: no eran argentinos. Ni artistas. Ni inocentes. Eran espías.

Leí esas líneas una y otra vez. No podía dejar de pensar en Sophie y Daniel. En cómo se reconstruye la identidad de esos niños cuando descubris que todo lo que te dijeron fue mentira.

Joanna cerraba su mensaje con una frase breve. Casi melancólica:

«Sigo buscando a Lautaro. Se quedó en Buenos Aires cuando los demás se fueron. Perfil bajo o tuvo suerte.»

—¿Suerte? —pensé—. En el universo de los espías, la suerte es un lujo que se paga caro. 556/5

6. ¿Suicidio o asesinato?

Todo comenzó con una corazonada.

En el periodismo, como en el ajedrez, hay jugadas en las que la intuición ayuda a la lógica.

Aquella mañana, sentí el llamado de una vieja costumbre: revisar el sitio del Poder Judicial como quien espía por el ojo de una cerradura.

Tecleé el nombre de la jueza Servini. Y allí estaba. Causa 994/2023.

Eslovenia solicitaba información sobre pasaportes argentinos emitidos a nombre de Ludwig Gisch y María Rosa Mayer Muñoz. La eterna Servini, a sus noventa años, había hecho su trabajo. Con su firma repetida como sentencia, ordenaba cruzar datos migratorios, registros civiles, movimientos bancarios.

Y en medio de las respuestas, saltaba un nombre que también me obsesionaba: Lautaro Mayer Muñoz.

Según el informe, había volado a Francia. Pero al regresar, algo cambió. Aterrizó en São Paulo. Y no volvió a pisar suelo argentino.

Así, por un giro imprevisto, mi investigación se detuvo en seco y quedó en suspenso.

Mientras tanto, a miles de kilómetros, en el restaurante de un hotel en San Salvador de Bahía, Lautaro comía sin entusiasmo una *moqueca* de camarones. La ciudad latía con ritmo de batucada, pero él tenía la mente en Buenos Aires, donde la jueza Servini preparaba las acusaciones.

Hasta entonces, su vida había sido la de un agente dormido. Ordenada. Silenciosa. Oculta.

Pero la caída de su hermana y su cuñado en Eslovenia lo obligó a salir a la superficie. Suspendió una operación en Amboise y voló a Sudamérica. No a la Argentina. A Brasil. Un escondite incómodo. Caluroso. Incierto.

Tras una tormenta tropical, breve pero violenta, Lautaro se internó por las callecitas del Pelourinho. Detrás de una iglesia barroca, encontró el *Boteco do Bahía*. Allí lo esperaba su nuevo contacto: Gerhard Campos.

Campos —nombre de guerra— era en realidad Artem Shmyrev, el verdadero cerebro del espionaje ruso en la región. Oficialmente, tenía una pyme de impresión 3D. Oficiosamente, dirigía una red de ilegales dispersos por América Latina.

Su novia era carioca. Sus documentos, impecables. Su acento, perfecto. Su historia, creíble. Hasta que dejó de serlo.

La invasión a Ucrania lo cambió todo.

La contrainteligencia brasileña empezó a mirar más de cerca. Y Artem, el impecable, cayó. No había rastros de sus supuestos padres. Demasiados vuelos. Demasiado dinero.

Los rusos habían improvisado.

Lautaro fue enviado a los Países Bajos con una nueva identidad: Victor Muller Ferreira. Brasileño. Posgrado en Johns Hopkins. Sonrisa neutra. Papeles en regla.

La CIA lo detectó.

En el aeropuerto de Schiphol lo interrogaron, lo rechazaron y lo devolvieron a Brasil con un sello invisible en la frente: *persona non grata*.

Durante el interrogatorio, Victor —Lautaro— se mostró altivo.

Todo en regla: pasaporte, domicilio, certificado militar. Todo encajaba... hasta que llamaron a la madre que figuraba en su partida de nacimiento.

Ella respondió con una frase que cerró el caso:

—Nunca tuve hijos.

Sin pruebas de espionaje, Brasil aplicó el recurso más predecible: documentación falsa.

Lautaro fue deportado a la Argentina. Llegó a Ezeiza pasada la medianoche. Lo encerraron en una celda de la alcaidía. A la mañana siguiente apareció ahorcado.

Suicidio, dijo el parte oficial.

Yo lo leí como se leen las mentiras: entre líneas.

Y esa mentira... gritaba.

7. Bodegón de Castelar

A partir de la muerte de Lautaro Mayer Muñoz, todo cambió.

No solo me dejó sin testigo. Me dejó sin pistas. Sin acceso. Me dejó sin historia.

Volví a estar solo frente a la misma pregunta que me perseguía desde el comienzo: ¿por qué robar un códice de Leonardo Da Vinci?

Era un objeto imposible de revender. Todo el mundo sabía que había sido robado. Además, era una copia.

Pero no fue un arrebato. Fue un encargo. Y el ejecutor estaba muerto.

Entonces, cuando todo parecía volver a foja cero, sonó mi celular. Era Joanna Grau.

Agente de inteligencia. Campeona infantil de ajedrez. Y la persona que mejor sabía seguir rastros que no dejaban huellas.

—Tengo algo —dijo, sin saludar—. Nos vemos en Tarzán.

Tarzán era nuestro refugio. El bodegón de Castelar donde se refugian los últimos bohemios. El tipo de lugar donde uno podía hablar de espías sin llamar la atención.

Llegué temprano. Saludé a Venturino, el chef, y acepté su sugerencia: *malfattis* de camarones.

Mientras cocinaba, cortando zanahorias con precisión quirúrgica, me contó lo que había oído y podía interesarme. Ese era el tipo de fuente que más valoraba: confiable, modesta y personal.

Puntual. Joanna entró, se sentó frente a mí y fue directo al grano.

—Lautaro llegó a Brasil justo cuando su red se desarmaba. Lo conectaron con Gerhard Campos, que le consiguió una nueva

identidad. Intentó entrar a Holanda. Fracasó. Lo deportaron. Y a las pocas horas, muerto. Pero no fue suicidio. Lo asesinaron. Fin del capítulo —concluyó con un atisbo de soberbia.

—Yo también tengo novedades —le dije—. Francia recuperó el código. Interpol asegura que no está dañado... pero sospechan que fue escaneado.

—¿Y para qué sirve una copia digital? — preguntó, como desmereciéndola

—Para estudiarla.

—¿Qué buscan?

—Un secreto —afirmé con convicción.

Se rió.

—Te salió el novelista —chicaneó.

—Con Leonardo, la realidad se parece demasiado a la ficción.

—¿Sabés qué tipo de secreto?

—Algo vinculado con la energía. Cuando detuvieron a la hermana de Lautaro, estaba siguiendo al jefe de la Agencia Europea de Energía. Están probando un proyecto solar... desde el espacio.

Eso la hizo dudar. Joanna se quedó en silencio, tamborileando con los dedos sobre la mesa.

Después cambió de tema.

—¿Seguís al Messi del ajedrez?

—¿Faustino Oro? Claro. Once años. Maestro Internacional. Un genio.

Asintió.

Por un momento, dejamos de lado a los espías y los códigos. Hablamos de talento. De niños. De futuro.

Fue breve, pero reconfortante.

Al despedirnos, sabíamos que la próxima jugada me tocaba a mí: descifrar qué era exactamente la *Florens Solaris*, mencionada en las páginas del código de Leonardo, robadas en Amboise.

La invención de Da Vinci que, cinco siglos después, parecía estar encendiendo la mecha de una nueva guerra. En pleno siglo XXI.

8. Florens Solaris

Después del almuerzo en Tarzán, Joanna cruzó la calle y, sin mirar atrás, se perdió entre los andenes de la estación Castelar. Yo, en cambio, elegí caminar. Era uno de esos días en los que el otoño se disfraza de primavera. El cielo era claro y no había ni una brisa. Sin apuro, me tomé mi tiempo para llegar a las oficinas de Castelar Digital.

Gabriel Colonna me esperaba con esa mezcla de escepticismo y entusiasmo que sólo tienen los buenos editores ante un tema que pendía entre la revelación y la nada.

Apenas me senté, desplegué el material sobre su escritorio. Una copia robada del *Codex Atlanticus*, la fuga de un espía ruso, Lautaro, su deportación y muerte sospechosa en prisión. Todo un ajedrez en las sombras. Le hablé también de su hermana, María Rosa Mayer Muñoz, otra espía, descubierta mientras se infiltraba en la Agencia Europea de Energía. Hasta ahí, la trama se sostenía. Pero después... después solo quedaban mis conjeturas.

—Gabriel —dije, entre la duda y el deseo—, ¿a Castelar Digital le interesa seguir con esto o... lo dejamos acá?

El editor se reclinó en su asiento. No era una decisión fácil. En su interior, el periodista debatía con el empresario. Y ambos estaban agotados. Al final, con la cautela de quien no quiere cerrar una puerta del todo, dijo:

—Mirá... tratándose de Leonardo Da Vinci, el tema tiene un potencial enorme. Pero le falta punch. Ahora, si aparece un cisne negro, te juro que publicamos tu nota.

Un cisne negro. Ese fenómeno raro, impredecible, capaz de cambiarlo todo. Asentí, fingiendo estar de acuerdo. Nos dimos la

mano. Me quedaba una esperanza absurda. Pero esperanza, al fin.

Los días pasaron. Sin pistas, sin avances. Así que hice lo único que me quedaba: fantasear. Tratar de imaginar qué misterio podía esconderse detrás del código. Empecé por donde debería haber comenzado: los estudios más serios sobre el *Codex Atlanticus*. Y fue así como di con una joya digital: una visualización interactiva que permitía recorrer el código como si uno estuviera dentro del cerebro de Leonardo.

Busqué las cuatro páginas robadas. Necesitaba entender por qué alguien arriesgaría tantas vidas por ellas.

Leerlas fue otra historia. Primero, el italiano renacentista. Después, la escritura especular: Leonardo, zurdo recalcitrante, escribía de derecha a izquierda, para ser leído sólo por ojos entrenados.

Descubrí entonces que el código no era un libro, sino un caos meticulosamente fragmentado. Hojas sueltas, de tamaños y épocas dispares. Algunas de 1508, otras anteriores. Una vida entera desperdigada en papeles: mecánica, vuelo, anatomía, óptica, agua, fuego, guerra, luz. No había narrativa. Había obsesiones. Era un universo.

Algunos estudiosos sostenían que el código no escondía un mensaje, sino una lógica. Y fue entonces cuando la encontré: la *Florens Solaris*.

Una flor mecánica monumental. Pétalos móviles que seguían la trayectoria del sol. En el centro, un sistema de lentes que concentraba la luz y la transformaba en energía.

Leonardo, ese genio de lo imposible, ¿había imaginado una

fuente inagotable de energía renovable? ¿Una flor que alimentara ciudades? ¿O era un arma disfrazada de flor? ¿Un girasol letal?

Me sobresalté. Volví al texto con la ansiedad de quien abre una puerta desconocida. Con la ayuda del software, empecé a traducir palabra por palabra, hasta que el lenguaje se llenó de metáforas, desvíos, frases herméticas. Como si Leonardo hubiese querido que solo unos pocos pudieran seguir su rastro.

Entonces lo entendí. O creí entenderlo. El Renacimiento no fue solo arte y ciencia: fue también intriga, espionaje, guerra. Y Leonardo, además de pintor, había sido ingeniero militar. Nada en él era inocente.

Un par de días después, el azar —ese viejo aliado de los desorientados— volvió a ayudarme. Fue en Merkat Campoy. Haciendo las compras, con el changuito a medio llenar, me crucé con Gabriel Colonna. Me preguntó cómo iba la investigación. Le confesé que me sentía derrotado por el lenguaje cifrado del código.

Y entonces me sorprendió.

—¿Nunca te conté que mi tesis fue sobre criptología digital?

Lo miré, esperando el remate. No llegó.

Ahí, entre las góndolas de fideos y enlatados, Gabriel me explicó —con el entusiasmo de quien revive una antigua pasión— cómo se ocultan mensajes a plena vista. Me habló de comunicación encubierta, de cifrados, de algoritmos invisibles. De cómo el mejor escondite es aquel que nadie sabe que existe.

Al despedirnos, con la cabeza más revuelta que el changuito, le dije:

—Cuando tengas un rato... pásame algo de esto para leer. Pero

que lo entiendan mis neuronas de ochenta años.

Sonrió. Y en ese momento lo supe: tal vez el cisne negro ya había aparecido. Solo que todavía no sabía cómo reconocerlo.

9. Criptología digital

No había pasado ni una hora cuando Gabriel me envió por *WhatsApp* el contacto de una experta en Da Vinci. Se trataba de la licenciada Isadora Klein, su antigua mentora durante el doctorado en Criptología Digital.

Le escribí de inmediato:

«Hola Isadora, nuestro amigo Gabriel pensó que tal vez puedas darme una mano con Da Vinci. Estoy investigando cuatro páginas del Codex Atlanticus —que te adjunto— y no logro avanzar. Espero tus comentarios. Jorge Domecq».

La respuesta fue tan rápida como tajante:

«Esto no se charla por WhatsApp. Si realmente le interesa, venga hasta casa. Yo pongo el mate. Traiga bizcochos».

Su casa quedaba sobre la calle Los Incas, junto a un viejo ramal del Ferrocarril Sarmiento. Isadora había crecido allí, cuando todavía no existía la “Plaza del Vagón”, y entre el patio trasero y las vías no había más que yuyales. En los años cincuenta, esa nena de trenzas rubias solía jugar allí con su primer amor, que partió a España y nunca más volvió.

Con los años, el barrio había progresado. La casa de Isadora, no. La pintura descascarada y la invasión de glicinas trepadoras le daban un romántico aire de abandono.

No había timbre, así que aplaudí, como en los viejos tiempos.

Ella apareció enseguida. No era joven, ni pretendía serlo. Tenía el aspecto extravagante de una Victoria Ocampo atemporal: turbante de lino, anteojos oscuros con grueso marco blanco y una túnica que le

caía hasta los tobillos.

—¿Sos el Domecq de “Los crímenes de Castelar”? —preguntó, mientras abría el portillo oxidado.

—Culpable —respondí.

Caminamos por un jardín donde las plantas parecían avanzar como una invasora marea verde. Me indicó un asiento bajo una glorieta que apenas resistía los embates del tiempo. Se perdió en la casa y volvió con una bandeja de madera, el mate y una pava humeante.

Puse los bizcochos sobre la mesa sin decir palabra. Ella tampoco. Sin apartar la vista del chorrito de agua que vertía en la calabaza, preguntó:

—¿Por qué te interesan esas cuatro páginas del código?

—Son las que se robaron en Clos Lucé.

—¿Estás seguro?

—Sí.

—¿Cómo lo sabés?

—Porque estuve ahí.

—¿Vos...?

—No. No fui yo. Pero presencié el robo.

—¿Y qué hiciste?

—Nada.

—¿Y por qué querés descifrarlas?

—Porque quiero saber por qué se las llevaron —confesé.

—¿Remordimiento?

—Curiosidad.

Isadora asintió, satisfecha.

—La curiosidad es el único pecado que vale la pena cometer —
sentenció antes de probar el primer sorbo.

—Dice Gabriel que nadie conoce los enigmas de da Vinci como
vos.

—A Leonardo no se lo conoce —dijo, con la mirada clavada en el
vacío—. Se lo intuye. Fue más que un genio: fue un mensajero. Pero
todavía nadie ha entendido del todo el mensaje. Como historiadora del
arte y criptógrafa autodidacta, que dedicó su vida a estudiarlo, estoy
convencida de que sus códigos ocultan un conocimiento aún no
develado.

—Tal vez los que robaron el código también lo creen.

—Y por eso hay tantos sospechosos.

—¿Qué tienen de especial esas cuatro páginas?

Isadora se reclinó un poco y tardó en responder. Eligió cada
palabra con cuidado.

—Hay una página en particular que me llama la atención. La que
describe la *Florens Solaris*—dijo.

—¿El supuesto girasol mecánico que sigue al sol para
transformar sus rayos en energía?

—Veo que hiciste los deberes.

—Sí. Pero ni con traductor automático entendí gran cosa.

—No me sorprende. Está cifrado. No basta con decodificar
símbolos. Hay que entender su lógica, su mundo. Leonardo no se
traduce, se descifra. Y aun así, siempre se escapa.

—¿Entonces? —dije, ofreciéndole un bizcocho a modo de
soborno.

Ella aceptó uno y lo llevó a la boca con una lentitud ceremonial.

—Nunca estudié a fondo la *Florens Solaris*, pero tengo una metodología. Primero, hay que entender a Leonardo desde su tiempo. Conocer sus materiales, sus límites, su cosmovisión. Luego, traer su idea al presente y ver qué sobrevive. Pero hay que estar atento a lo impensado. Tal vez la *Florens Solaris* no sea una máquina. Tal vez sea un concepto. Una idea. Un patrón de conocimiento escondido en la naturaleza, que él descubrió y volcó en esas páginas.

—¿Y por dónde empezamos?

Isadora terminó de masticar, me miró y, sin sutilezas, dijo:

—Yo trabajo sola, Domecq. No tengo tiempo para explicarle a nadie cada paso que doy.

—Está bien —asentí.

—Pero mientras yo desempolvo el pasado, vos podrías explorar el presente. Buscá proyectos sobre energía solar no convencional. En el espacio, desde satélites, con láseres. Algún intento moderno de recrear una nueva *Florens Solaris*.

La luz del atardecer teñía de sepia las viejas paredes, y un par de chingolos bajaron al jardín a picotear migas.

Fue entonces cuando supe que algo se había puesto en marcha.

10. Energía solar en el espacio

Forzado al modesto rol de *partenaire* de Isadora Klein —o, peor aún, de su telonero—, decidí asumirlo con algo de dignidad profesional. Me puse a investigar. Y lo primero que descubrí fue desconcertante: la energía solar en el espacio no era una quimera. Era real. Viable. Y peligrosa.

En la Tierra, los paneles solares dependen del clima, la atmósfera, las nubes. Pero allá arriba, en el espacio, la eficiencia se dispara. Era tan lógico que asustaba.

El proyecto más citado —y en cierto modo, el más avanzado— se llamaba SBSP: *Space-Based Solar Power*. La idea era sencilla y vertiginosa: capturar energía solar desde satélites en órbita y transmitirla a la Tierra. Ciencia ficción hecha realidad. Ya existían prototipos, financiamiento y cronogramas. Pero también, obstáculos enormes: costos estratosféricos, transmisiones inseguras, y una pregunta que nadie parecía querer formular del todo:

«¿Y si esto, en manos equivocadas, pudiera transformarse en un arma?».

El mapa geopolítico no era menos inquietante.

. China encabezaba la carrera. Anunciaba una planta solar orbital capaz —según ellos— de generar más energía que todo el petróleo del planeta.

. Japón, metódico, proyectaba un sistema comercial para la década de 2030.

- . Estados Unidos involucraba al Pentágono. Desde 2020 probaban paneles solares militares en satélites experimentales.
- . Europa soñaba con su programa *Solaris*, mientras la burocracia lo arrastraba lentamente hacia 2035.
- . Y Rusia... Rusia seguía siendo Rusia: hermética, paranoica, y con un proyecto escondido bajo el ala oscura de Roscosmos y sus espías.

Satisfecho con lo hallado, le envié a Isadora un resumen claro y —modestia aparte— bastante ilustrativo.

Su respuesta llegó en segundos. Un mazazo:

«Si quisiera leer sobre el SBSP, lo buscaría en Google. ¿Para qué creés que te pedí ayuda? Buscá conexiones con la Florens Solaris. Leonardo no diseñó un juguete: diseñó una amenaza. Una forma de desviar rayos solares. Tal vez una mezcla entre arma y fuente de energía».

Estuve a punto de responderle mal. Pero no lo hice. Ella me estaba haciendo un favor, y esta vez, el fin justificaba los medios.

Seguí investigando en silencio, como quien le suelta la tanza a una trucha batalladora. Ya picaría. Mientras tanto, no podía quitarme de la cabeza una pregunta incómoda:

«¿Y si Isadora tenía razón, y la Florens Solaris era una amenaza renacentista?».

Fue en uno de esos días de desorientación, cuando uno no sabe por dónde empezar, que recibí un mensaje inesperado de Joanna Grau, del Ministerio de Seguridad Nacional:

«Hola, Domecq. No sé si seguís con lo de Lautaro Mayer Muños, pero tengo un dato: no se suicidó. Lo mató un sicario chino que compartía celda con él. Chaucito».

No me sorprendió. Siempre había dudado del supuesto suicidio. Lo que me alarmó fue otra palabra: “chino”.

¿China también estaba detrás del código de Leonardo?

Recordé que el gigante asiático lideraba el desarrollo del SBSP y decidí enfocar la lupa sobre Tiangong. Desde esa estación espacial, China construía un coloso solar en órbita, que comenzaría a operar en 2026. El Ejército Popular de Liberación estaba detrás, y eso lo cambiaba todo.

El sol dejaba de ser energía para convertirse en poder. En arma.

Según informes oficiales, ya habían resuelto los principales desafíos técnicos: alineación de haces de energía, disipación térmica. Pero su meta no era solo científica, sino geoestratégica: independencia energética, dominio de las transmisiones globales y control sobre zonas remotas, inestables o en conflicto.

Para no quedarme solo con la versión china, consulté la web de la ONU. Lo que encontré me inquietó aún más:

China y Rusia se acusaban mutuamente de espionaje orbital. Y peor: no existía un organismo internacional que regulara el despliegue de estas tecnologías. Ni reglas. Ni verificaciones. Solo tratados viejos, redactados en tiempos en que el espacio era un sueño, no un campo de batalla.

La conclusión era brutal:

Allá arriba, mandaba la ley del más fuerte.

Y China, con sus recursos casi infinitos y su paciencia milenaria, parecía estar ganando.

Necesitado de datos más objetivos, recurrí a Joanna Grau. Su respuesta fue concreta:

«Hola, Domecq. Sobre el conflicto chino-ruso no hay pruebas concluyentes, pero fuentes confiables aseguran que hubo una explosión controlada en la órbita 103° Este. El Tianyang-3 quedó inutilizado. Dicen que fue rodeado por un enjambre de drones orbitales no identificados. Las señales coinciden con protocolos de Roscosmos. Los rusos lo niegan, claro, y acusan a los chinos de haber provocado una colisión con sensores de interferencia. Según ellos, no fue sabotaje, sino provocación. Ah, otra cosa: ¿averiguaste algo del sicario chino que mató a Lautaro? Chaucito».

Mientras yo investigaba el cielo, los crímenes seguían ocurriendo en la Tierra.

11. Thomson Reuters

La última pregunta de Joanna desnudó la fragilidad de mi pesquisa:

—¿Por qué no investigaste la muerte del espía ruso en Buenos Aires?

Una pregunta simple. Directa. Que no supe responder. Mi silencio fue una confesión.

Durante semanas, había seguido el enfrentamiento entre China y Rusia como si se tratara de un tablero de ajedrez. Y, atento a ese juego, había olvidado lo que pasaba en nuestro propio país.

A la mañana siguiente entendí que era hora de volver al terreno. Y pensé en Simon Weis, quien durante años fue mi brújula en el mundo del periodismo internacional. Tenía esa mezcla exacta de rigor y cinismo que se necesita para moverse entre embajadas, mentiras y documentos sellados. Pero Simon ya no estaba. Una neumonía se lo había llevado el invierno anterior.

Por fortuna, su cargo había quedado en manos de alguien que todavía me atendía el teléfono: Marivel Molina.

Le escribí, y su respuesta llegó en pocos minutos:
«*Vení cuando quieras. La puerta está abierta*».

Preparé la comida para Negro, me afeité, me puse una camisa que combinara con el blazer azul y, en un ritual olvidado, desempolvé unos zapatos de suela. Me sentí incómodamente formal, como si fuera a una boda.

Tomé la combi en Arias. El traqueteo monótono me adormeció.

A pocas cuadras de Puerto Madero, me despertó una frenada brusca, Caminé hasta la torre de cristal, con vista a la Reserva Ecológica, donde funcionaba Thomson Reuters Argentina.

Marivel me recibió como si nunca hubiéramos dejado de vernos. Alta, elegante, intensamente morena. Llevaba una camisa de seda blanca, entreabierta, y un anillo de ónix que contrastaba con su piel. Su sola presencia bastaba para que la redacción bajara la voz.

Me condujo al viejo despacho de Simon, que aún conservaba el mobiliario original.

Sin preámbulos, le conté todo: el código, el robo, la pista rusa, el espía muerto, el sicario chino. Ella no me interrumpió ni una vez. Cuando terminé, se quitó los anteojos y me miró como si estuviera pesando cada palabra.

—Tengo a alguien trabajando ese caso —dijo—. Podemos colaborar. Pero con una condición: siempre deberás citarnos como fuente.

—Acepto —respondí—. Pero debería consultarlo con el director de Castelar Digital —agregué, aunque los dos sabíamos que no lo haría.

Marivel hizo una llamada. Unos segundos después, se abrió la puerta y entró Elías Lichtenstein.

Era joven. Demasiado joven para estar a cargo de algo tan importante. Tenía el andar desgarbado, como de quien aún no se ha acostumbrado a su cuerpo. Rulos despeinados, pecas, una piel pálida que parecía alérgica al sol, y una energía vibrante que se le escapaba por los ojos.

Me cayó bien de inmediato.

Lo seguí hasta su oficina, si se le podía llamar así. Era una sala con las paredes tapizadas por pantallas gigantes. Relojes marcaban la hora en Tokio, Londres, Nueva York y Buenos Aires. Parecía el puente de mando de una nave espacial.

Apenas entró, se sacó el blazer y arremangó su vistosa camisa a cuadros, dejando ver una remera negra con símbolos crípticos. Apagó todas las pantallas menos una.

—Nos llenan de árboles para que no veamos el bosque —dijo, sin mirarme.

Luego se volvió y me miró a los ojos:

—¿Cómo hiciste para que Marivel te abriera la puerta?

—Tengo información que ustedes no tienen —le dije.

—¿De verdad? —dudó, incrédulo.

—Fui testigo del robo del código de Da Vinci.

—¿Y?

—Lo robó un espía ruso, con pasaporte argentino. Y acá, en Buenos Aires, un sicario chino lo mató.

Lo vi parpadear.

—¿Mayer Muñoz? —susurró.

—Modestamente —respondí, imitando a Gassman, aunque — por su cara— supe que el nombre no le decía nada.

Y entonces, algo cambió. Dejamos de competir y empezamos a colaborar. Sin tomar notas, sin grabar nada. Solo hablamos.

Compartimos hipótesis, nombres, fechas, patrones, intuiciones.

Al mediodía, pidió unos tostados y té para los dos. Comimos sin dejar de hablar.

La tarde fluyó entre datos y silencios. El código era solo una

pieza. El rompecabezas era más grande. Mundial. Tecnológico. Político. Y todavía no lográbamos ver el cuadro completo.

Cuando el sol desapareció tras el follaje de la Reserva y las luces de la oficina se encendieron automáticamente, reconocí algo obvio:

—Estoy agotado.

Él se encogió de hombros.

—Seguimos mañana. Siempre vengo temprano. Vivo cerca. Me gusta desayunar acá.

Volví a Castelar en la combi. Apoyé la cabeza contra el vidrio empañado. Me dormí. Y, entre sueños, tuve una certeza:

Nos estábamos metiendo en algo demasiado grande.

12. Mafia china

A la mañana siguiente, entré en la oficina de Elías y me topé con una cara repetida en todas las pantallas del lugar. Un hombre de rasgos orientales y expresión siniestra.

—Te presento a ChénWújiàn —anunció Elías, con una mezcla de orgullo y cautela.

Me encogí de hombros. El nombre no me decía nada. Todavía.

—Es el asesino de Mayer Muñoz —aclaró. Solo entonces comprendí la magnitud del hallazgo.

—Acá está la historia completa —dijo, sacando un *pendrive* de su maltrecha mochila y tendiéndomelo.

—Me suena el nombre —murmuré, más por reflejo que por memoria. Y añadí, tanteando—: ¿Está vinculado a la Tríada? ¿La mafia china del oeste?

—Ni idea. ¿Por qué lo preguntás?

—En noviembre cubrí una redada en Morón. Amenaza y tiroteo a un supermercado chino. Creo que uno de los detenidos se llamaba Wújiàn.

Tecleó unas palabras, husmeó en bases de datos de la web profunda y encontró lo que buscaba.

—Chén Wújiàn. Detenido por extorsionar a comerciantes chinos en el GBA —empezó a resumir—. Nacido en Fujian, cruzó por la Triple Frontera, denunció la pérdida de un pasaporte que nunca tuvo, y con eso obtuvo uno nuevo, legal, vía consulado. La misma Tríada que le armó los papeles lo contrató para intimidar a sus compatriotas: pagás o te incendian el local. O te pegan un tiro.

—El manual básico —asentí—. Solo que ahora el chinito se cargó a un espía ruso, en la cárcel. Aunque no sería la primera vez que un preso con condena firme acepta un encargo. Quizá lo eligieron porque estaba disponible.

—O porque sabían que nadie iba a preguntar demasiado—dijo Elías.

—*Touché* —admití—. Pero, por oficio, me siento obligado a repetir lo evidente.

—No te preocupes —agregó, con una sonrisa irónica—. A lo sumo, lo que decís me entra por una oreja y me sale por la otra.

—Voy a hablar con mis contactos, a ver qué más tienen.

—Hacé lo que quieras. Pero hoy, los mejores secretos están en la *deep web* —añadió, mientras sus ojitos brillaban intrigantes.

Desde ese momento, Elías y yo empezamos a hablarnos a cualquier hora. Era como buscar una primicia que no sabíamos si existía: ¿qué vinculaba a rusos y chinos con un espía muerto en una cárcel argentina?

Entonces apareció Marset.

Me llegó un mensaje de Elías: una captura de pantalla, un link a un portal de noticias. Un fiscal estadounidense acusaba a Sebastián Marset, el narco uruguayo, de lavar dinero con empresas chinas mediante una *app* encriptada.

Y Elías, con su habitual sentido de la oportunidad, me escribió:

—Cada vez que leo “China”, pienso en nuestra investigación. ¿Y si lo husmeamos a Marset?

—Por supuesto. Aunque para mí, todo sigue girando en torno al SBSP... y al código robado.

—¿Y Da Vinci qué tiene que ver con esto? —replicó.

—El código describe un invento capaz de capturar y redirigir energía solar.

—¿Qué? ¿Y recién ahora me lo decís? —protestó.

—¿Estás seguro de que no lo mencioné? Creo que te conté mi viaje a Amboise...

—Si lo hubieras hecho, habría pegado el salto que acabo de dar. ¡Mandame todo ya!

Le mandé el archivo completo. Y entonces me pasó lo peor que le puede pasar a alguien en mi oficio: empecé a dudar de mi propia memoria. ¿Lo había dicho? ¿Lo había insinuado? ¿Lo había imaginado? ¿Lo había olvidado?

Por las dudas, decidí contarle todo. Lo hablé con su jefa, lo del manuscrito, el asesinato en la cárcel, la *Florens Solaris* y ese nuevo conflicto solar entre China y Rusia.

Su respuesta no se hizo esperar:

—Si hubieras mencionado la *Florens Solaris*, te habría gritado que es un arma de destrucción masiva. Ahora entiendo por qué Marivel quiere tenerte vigilado. Esa puta flor es la raíz de todo este quilombo.

Me quedé helado. Y pedí explicaciones.

Elías respondió con un documento confidencial:

«Obsesionado con la luz, la energía y la geometría sagrada, Leonardo Da Vinci construyó en secreto la Florens Solaris. Oficialmente era un generador de luz eterna, con lentes y espejos dispuestos según la proporción áurea. Pero el diseño ocultaba otra intención. El sistema podía concentrar la luz solar hasta alcanzar temperaturas extremas.»

Era, en esencia, un rayo solar artificial. “Potenza e luce. Il sole, strumento di vita, può divenir arma di fuoco eterno”».

—¿Y esto qué es? —pregunté.

—Una investigación inédita de la base de datos de Thomson Reuters. Cuando mencionaste la *Florens*, se me encendió la lamparita. ¿Qué opinás?

—Si la *Florens Solaris* es real, todo encaja: un espía ruso roba el código, y un sicario chino lo asesina para silenciarlo —dije.

Elías no tardó en mandarme otro documento explosivo:

«Pekín / Moscú, mayo 2025. China lanza el Programa Solaris Ascendente: satélites recolectan energía solar y la transmiten a la Tierra. Rusia responde acusando sabotajes. Contrainteligencia, drones solares destruidos y tecnología cuántica en juego. Ambos países atrapados en una nueva guerra fría que se libra en las órbitas y en las sombras. El Sol ya no es símbolo de esperanza. Es un arma».

Le escribí, todavía impactado:

—Gracias, Elías.

Su respuesta sonó a imprudencia:

—De nada. Ahora voy a sumergirme en el submundo de los espías. A ver si pesco algo.

—¡Cuidado, pibe! Ese terreno está minado —lo alerté.

Pero su silencio fue aún más inquietante. Un silencio con sabor a “ya es tarde para tener miedo”.

13. Periodista asesinado

Antes de que cantaran los zorzales, me despertó la alarma del celular. La pantalla titilaba con un número desconocido. Dudé unos segundos. Atendí.

—¿Domecq?

—Sí, soy yo.

—Marivel Molina. Tiene que venir. Enviamos un auto. Traiga su notebook y, por favor, no hable con nadie.

—¿Pero...? ¿Qué pasó?

—Asesinaron a Elías.

No hubo margen para las preguntas.

Apenas una hora después, las puertas automáticas del edificio vidriado de Reuters se abrieron para mí. Me escoltaron hasta la oficina de la directora. Allí estaba Marivel Molina, pálida, el rostro demudado por la tragedia y los ojos húmedos de impotencia. A su lado, dos hombres de traje oscuro. No se presentaron. Ni siquiera fingieron cortesía.

—Lo encontraron esta madrugada en el baño de una tanguería del Abasto —dijo ella, con voz apagada, entrecortada—. Una sola puñalada, precisa. Debajo del esternón. No tenía el celular, ni la tablet, ni los documentos...

Su voz se quebró, y el silencio se volvió insoportable. Entonces, uno de los desconocidos habló. Su tono era ronco, autoritario, decididamente policial.

—Inspector Falcone. Estoy a cargo del caso. Usted fue la última persona que habló con el señor Lichtenstein. Necesitamos que nos diga exactamente de qué conversaron.

—Me envió un archivo: “Pekín / Moscú, mayo de 2025”. Le respondí por WhatsApp, agradeciéndole.

—¿Eso fue todo? —dijo Falcone, con esa forma de preguntar que convierte un diálogo en un interrogatorio.

—Me dijo que iba a internarse en el submundo de los espías. Que necesitaba encontrar pistas.

—¿Qué submundo de espías? —preguntó, imperativo.

—No lo sé. Así lo dijo. Pueden revisar mi notebook.

Sin mediar palabra, el asistente del inspector se colocó guantes de látex y tomó mi portátil con la solemnidad de quien manipula un cadáver. Después, me quitaron el celular.

—Señor Domecq —dijo Falcone, como quien dicta sentencia—, queda detenido. A disposición del fiscal.

—¿Qué? ¿Detenido? ¿Por qué? —balbuceé, incrédulo.

—Sospechoso del asesinato de Elías Lichtenstein. Y de participar en una red de espionaje.

No respondí de inmediato. No pude.

—Pero... yo no tengo nada que ver. ¿Por qué lo haría?

—¿No le parece suficiente motivo una primicia de valor internacional?

—¿Puedo hacer una llamada? —pregunté, resignado.

—Sólo un *WhatsApp*.

Con dedos vacilantes, escribí:

«*Estoy detenido como sospechoso del asesinato de un periodista de*

Reuters».

Llovía. Sobre la carrocería del auto sin identificación, las gotas repiqueteaban como una cuenta regresiva. Cuando el vehículo frenó frente al portón de la alcaldía porteña, me pregunté si me asignarían el mismo calabozo donde habían asesinado al espía ruso.

Por un crimen que no cometí, me aislaban, me desacreditaban, me silenciaban.

En medio de la tormenta, una pregunta me abrumaba:

¿Todo esto por la invención de Da Vinci?

La prensa fue impiadosa. Y las redes sociales me condenaron, sin pruebas ni juicio:

«Ex periodista detenido por asesinato de joven colega».

«Escándalo internacional por un invento de Da Vinci».

Mi celda era pequeña: cama de metal, lavabo oxidado, una mesa atornillada al muro y olor a desinfección barata. La sala de interrogatorios, en cambio, era enorme, húmeda y olía a puchos mal apagados. Una luz de neón parpadeaba con irritante persistencia.

Yo estaba sentado, encorvado, con las manos entrelazadas, cuando entró Falcone. Caminaba como un actor que ya conoce el libreto de memoria. Dejó una carpeta sobre la mesa, sin mirarme.

—¿Por qué mató a Elías Lichtenstein?

Levanté la vista. No era la primera vez que oía esa pregunta. Pero esta vez había algo más. Un matiz en su voz. Algo personal.

—No lo maté. Lo dije, lo repito, y lo seguiré repitiendo.

—¿A quién le contó lo que Elías estaba por hacer?

—A nadie. Revisen mis dispositivos.

—¿Con quién iba a encontrarse en esa tanguería?

—No tengo idea —respondí con firmeza.

—¿Qué le dijo sobre ese “submundo de espías”?

—Solo que iría en busca de pistas.

—¿Y no preguntó a qué se refería?

—No.

—¿Por qué no?

—No se me ocurrió.

Falcone rió. Apenas un gesto cínico, de incredulidad. Luego deslizó una fotografía sobre la mesa: una imagen borrosa de un hombre corpulento, entrando a la tanguería.

—¿Lo conoce?

—No. Creo que no.

Falcone cerró la carpeta con fuerza, como con bronca.

—Mire, Domecq. Usted y Elías se metieron donde no debían. En medio de la nueva guerra fría entre Moscú y Pekín. A él ya lo silenciaron. Usted está en lista de espera. Si yo fuera usted, hablaría antes de que sea demasiado tarde.

Me hervía la sangre, pero fingí calma.

—Mis ojos ven poco, inspector, pero mi olfato me dice que soy el chivo expiatorio. Pregúntese por qué no aparece el arma. O por qué, en una ciudad repleta de cámaras, no hay una imagen clara del asesino.

Falcone se paró, amenazante.

—¿Me está acusando?

—No. Solo digo que hay personas dispuestas a matar por un secreto geopolítico. Y yo no soy más que un periodista curioso.

En ese momento, la puerta se abrió. Un hombre de traje oscuro y

rostro inexpresivo asomó la cabeza.

—Basta por hoy, Falcone. El señor Domecq necesita descansar.

Falcone masculló algo entre dientes.

—Zorro viejo... ya te vas a quebrar.

Yo bajé la cabeza. No por miedo, sino porque entendí que el silencio podía ser mi mejor defensa.

14. En prisión

Cuando me escoltaban de regreso a la celda, el eco de los pasos en el pasillo me sonó como una cuenta regresiva. El tiempo se me agotaba. Si quería limpiar mi nombre y vengar a Elías, debía escapar.

Pero, como más tarde descubriría, antes de huir tenía que sobrevivir.

Aquella primera noche, ya en silencio, cerré los ojos, pero no logré dormir.

Y entonces, el chasquido metálico. Como una sentencia. Como una trampa. Como una muerte anunciada.

En la oscuridad, la cerradura giró con suavidad. La puerta se entreabrió. Alguien entró. Era una sombra viva, más intuida que percibida.

Contuve la respiración.

—¿Venís a matarme? —pregunté.

Ninguna respuesta. Solo pasos lentos.

En un acto de desesperación, murmuré:

—Antes de matarme, tu jefe debería saber que no somos solo Elías y yo. Hay un tercero. Y si me matan, jamás sabrán quién es.

El silencio duró un segundo eterno. El intruso dudó. Y yo aproveché.

En la penumbra, lo empujé con todas mis fuerzas y salí al pasillo gritando como un loco. En segundos, todo fue caos: luces rojas,

alarmas, gritos, corridas.

Lo que ocurrió esa noche jamás trascendió. No figura en ningún parte oficial. Ni una línea en los diarios. Ni una palabra en la televisión. Pero el mensaje era claro: no me querían preso. Me querían muerto.

Amanecía cuando la fiscal Ábalos volvió a presentarse. Su cara delataba que no había dormido.

—Este ataque demuestra que no soy un asesino —le dije antes de que hablara—. Soy una amenaza.

—¿Una amenaza para quién? —preguntó.

—Para alguien poderoso.

No respondió. Pero por un instante, me pareció que asentía.

Fue directo al punto:

—¿Conoce a Paola Velli?

Negué, moviendo la cabeza.

—Pareja de Elías. Abogada. Insistió con los videos de seguridad del Abasto. Al revisarlos, se ve a un hombre corpulento, encapuchado, que entra después de Elías y sale minutos después. Usted no aparece en ninguna toma. Por eso, lo vamos a liberar. Bajo supervisión judicial.

Era libertad condicional. Y la supuesta protección, una vigilancia solapada. Estaría fuera de la celda, pero no libre.

No solo me habían culpado, encarcelado y humillado. También intentaron matarme. ¡Querían silenciarme!

Fue entonces cuando conocí al abogado que había enviado Joanna Grau. Se llamaba Zapiola. Traje gris, sonrisa formal, voz neutra. Un profesional sin adornos.

—Señor Domecq, Joanna le ofrece alojarse en Cañuelas. Un lugar tranquilo. Para que se reponga —me dijo.

Era un escondite. Un exilio con disfraz de descanso. No discutí. Ya instalado en ese lugar apacible, rodeado de campo y silencio, las preguntas estallaban en mi cabeza:

¿Quién mató a Elías? ¿Por qué? ¿Qué había descubierto exactamente? ¿Era real la *Florens Solaris*? ¿Acaso las grandes potencias se disputaban un secreto oculto desde el Renacimiento?

Volví a revisar el *pendrive* de Elías. Quedaban archivos por abrir. El primero contenía una extraña nota, que comenzaba con datos biográficos:

«Padre Antonio Valenti. Ingeniero eléctrico, diplomado en Física Aplicada en la Universidad de La Sapienza en 1959, ordenado sacerdote en 1961. Transferido a la Biblioteca Apostólica Vaticana en 1963.

Textual:

“Los principios de Florens Solaris se basan en la lente de Vitruvio aplicada a la energía heliocéntrica.”

“Florens Solaris no debe funcionar en manos humanas. Está diseñada para imitar el sistema divino del Sol.”

“El secreto debe guardarse en fragmentos, dispersos entre la Siberia oriental y la fe romana. Si se reúne, el mundo cambiará de eje.”

“Lux se regit per silentium” (La luz se gobierna por el silencio).

Firmado: Padre Antonio Valenti».

Atónito, lo leí una y otra vez. Según Elías, el Vaticano y China eran los guardianes de un mismo conocimiento. Oriente y Occidente, juntos en un equilibrio tan secreto como frágil.

Y alguien lo había roto.

¿China? ¿El Vaticano? ¿Una fuerza más oscura?

¿Y la *Florens Solaris*? ¿Era una máquina? ¿Una idea? ¿Un arma?

Me acosté. Intenté dormir. Pero hay veces en que el vértigo del miedo es más fuerte que el cansancio y el sueño.

Esa noche, una única pregunta me mantuvo en vela:

—¿Quién me quiere muerto?

15. Custode della Luce

Al amanecer, justo cuando había logrado dormirme, un gallo impaciente me despertó antes de lo previsto.

Abrí los ojos con el recuerdo de Elías rondando mi cabeza. Su rostro, su voz, su última frase: enigmática, premonitoria.

En la cocina me recibió el orden meticuloso de Joanna. La heladera estaba repleta, como si siempre esperara invitados. En el *freezer* encontré una hogaza de pan de campo. La puse a calentar en el horno. Mientras el perfume de la levadura invadía la casa, preparé un *espresso* con una de esas cafeteras italianas de diseño futurista. No había mermelada, pero una miel artesanal bastó para recordarme que ya no estaba en prisión.

Encendí la *tablet*. El último *pendrive* de Elías —titulado “Vitruvio. Valenti. Vaticano” — parecía abrirse como una nueva puerta. Mientras el dispositivo escaneaba los archivos, mordí el pan tibio con miel, sorbí el café, y me dejé envolver por los sabores. Eran simples, pero poderosos. Me recordaban que estaba vivo.

Y entonces volvió, como siempre, la frase: «*El mundo cambiará de eje*».

Por enésima vez me hice las mismas preguntas:

¿Qué significa? ¿Es una advertencia? ¿Una revelación? ¿Un delirio profético?

Y como ya no podía preguntárselo a Elías, decidí seguir

buscando. Siguiendo el protocolo de seguridad que él me había enseñado, abrí el navegador y escribí: Padre Antonio Valenti. No sabía qué esperaba encontrar. Pero si algo me había enseñado el periodismo era que muchos hallazgos comenzaban con búsquedas anodinas.

Los resultados delineaban el perfil de un personaje fascinante, enigmático, casi inverosímil:

«Antonio Pietro Valenti. Orvieto, Italia. 18 de marzo de 1936. Fallecido —presuntamente— en 2005. Ingeniero eléctrico. Físico especializado en óptica heliocéntrica. Doctor en Historia de la Ciencia. Sacerdote agustino desde 1961. Desde 1963, asignado a la Biblioteca Apostólica Vaticana como: “Custode della Luce” (Custodio de la Luz). Responsable del conocimiento prohibido relacionado con el sol».

Fruncí el ceño. Ese título —“Custode della Luce”— parecía sacado de una novela de Umberto Eco. ¿Estaba leyendo un documento oficial del Vaticano o un cuento borgiano?

¿La *Florens Solaris* tenía algo que ver con todo esto?

Por enésima vez, lamenté no poder consultar a Elías.

Llamé a Marivel Molina. Le pedí que buscaran en la base de datos de Reuters cualquier mención a ese título. Me respondió que alguien de su equipo se ocuparía, pero no se comprometió con los plazos.

Mientras tanto, pensé en mi mascota. Llamé a mi vecina Renata. Le conté que me encontraba en una especie de exilio temporario y le pregunté por Negro. Me dijo que estaba bien, que comía con ganas y que no dejaba de mirar la puerta, como esperando que yo volviera. Me emocioné, pero no lo demostré.

Como la mañana era fresca y agradable, abrí todas las ventanas para ventilar la casa.

El refugio de Joanna tenía una sencillez encantadora: un único dormitorio con baño en suite, un amplio espacio común con hogar a leña y una galería que se abría al parque, donde se lucían cerezos, robles, cedros, arces japoneses y un imponente Ginkgo Biloba. Un cerco de ligustros tupidos garantizaba la privacidad. Y, como buena agente del gobierno, había instalado cámaras de seguridad conectadas a la red satelital.

Caminaba entre los árboles, intentando relajarme, cuando sonó mi celular. Era la Fiscalía:

—¡Tiene que activar el geolocalizador—ordenaron.

No era una sugerencia. Era una instrucción directa. Y no pude negarme.

Volví a la casa. Saqué una pizzeta del *freezer*. Venía con mozzarella, bastaba con calentarla. Evité el vino. Me serví agua. Necesitaba mantenerme lúcido.

Y entonces, antes de lo previsto, llegó el mensaje de Reuters.

El informe era breve, pero contundente:

«Antonio Valenti fue uno de los últimos científicos italianos formados en la posguerra que abrazaron el sacerdocio sin renunciar a la ciencia. Durante su paso por La Sapienza, se destacó por sus trabajos en lentes heliocéntricas: estructuras ópticas capaces de concentrar energía solar.

Su ordenación en 1961 fue seguida por un nombramiento en el Vaticano.

En 1963 accedió al Archivum Secreto Leonardi: una sección prohibida

con documentos atribuidos a Leonardo da Vinci, relacionados con la Florens Solaris: un artefacto capaz de alterar la percepción del tiempo. “No muestra el pasado ni el futuro. Muestra lo que existe fuera del eje temporal común. Es una ventana a la memoria absoluta”, escribió Valenti.

A fines de los años setenta, fue nombrado “Custode della Luce”. Trabajó con científicos chinos del Instituto Tecnológico de Harbin, con el objetivo de mantener el equilibrio entre Oriente y Occidente.

En 2005, Valenti desapareció. Días antes, los manuscritos conocidos como Archivum Leonardi fueron robados del archivo.

Algunos creen que fingió su muerte. Otros, que fue secuestrado. Unos pocos sostienen que fue asesinado por agentes rusos o chinos que temían que la luz se convirtiera en un arma.

Su nombre quedó asociado a una advertencia: “Lux se regit per silentium”. La luz se gobierna por el silencio. (Fuente: Reuters)».

Apagué la tablet. Me quedé inmóvil.

Un escalofrío me recorrió la espalda.

Por primera vez comprendí que esto ya no se trataba solo de Da Vinci. Se trataba del sol. Y de todos aquellos que estarían dispuestos a todo —absolutamente todo— para mantener la luz en las sombras.

16. Archivos Vaticano

Después de navegar una hora por los laberintos digitales de la Biblioteca Apostólica Vaticana, la frustración fue total. Ni una sola mención al *Archivum Leonardi*. Ni una sigla sospechosa. Ni un pie de página olvidado. Como si el archivo jamás hubiese existido. O peor: como si alguien se hubiese encargado de borrar hasta el último rastro.

Fue entonces cuando me atreví a jugar una carta arriesgada.

Sin pensarlo demasiado, completé el formulario de consulta oficial. Nombre completo, dirección, correo electrónico, *WhatsApp*. Pregunté directamente por el código y por la *Florens Solaris*. Lo envié.

Me preparé para el silencio. Pero recibí lo impensado.

«*Estamos a su disposición para reunirnos personalmente en Buenos Aires. —Doctora Gina Loren, Archivo Apostólico Vaticano*».

Releí el mensaje varias veces, con la incredulidad de quien recibe algo tan inverosímil como fascinante. Ansioso, respondí sin titubeos: estaba en Cañuelas, bajo custodia domiciliaria. Si querían hablar conmigo, debían venir hasta aquí.

La respuesta llegó en segundos:

«*Si me da las coordenadas, mañana a las 10 a.m., paso a verlo*».

Acepté. Sin pensar. Sin medir consecuencias. Solo después me alcanzó la paranoia: ¿y si era una trampa?

Llamé a Joanna. Le conté todo. Le pedí que averiguara quién demonios era la doctora Loren. Veinte minutos después, me devolvió

la calma: Gina Loren existía. Funcionaria cultural del Vaticano, destacada en la Nunciatura Apostólica de Buenos Aires. Perfil bajo. Acceso alto.

Dormí mal. Me desperté temprano y me levanté. Ordené la casa como si esperara a una vieja amiga. Puse a calentar agua. Elegí dos tazas decentes. Había algo en esa visita que me ponía más nervioso que cualquier interrogatorio policial.

A las 9:47, una camioneta negra cruzó la tranquera y se detuvo demasiado cerca de la casa. Me asomé por la rendija de la cortina. Un chofer bajó, rodeó el vehículo y abrió la puerta del acompañante.

Descendió una mujer. Apoyaba una mano en un bastón, aunque no parecía necesitarlo. Alta, delgada, con el cabello recogido en un rodete tirante. Tenía los ojos gastados de quien ha visto demasiado. Caminó sola hasta la puerta.

Abrí justo antes de que golpeará.

—Señor Domecq —dijo con voz firme—. Sé quién es usted y sé qué está investigando. Conozco a todos sus contactos. Lo único que ignoro es para quién trabaja. Vine a preguntárselo.

Me quedé helado. La invité a pasar y nos sentamos frente a frente.

—Trabajo *freelance* para Castelar Digital —respondí.

—¿Un diario barrial investiga la nueva guerra fría? —preguntó con ironía.

—No investigo la guerra —aclaré—. Presenció el robo de la copia del código de Leonardo. Solo quiero entender por qué lo robaron. Y contarlo.

Me sostuvo la mirada. Fría. Inmutable.

—Domecq, usted parece sincero. Pero su argumento es absurdo. ¿Arriesga su vida por una nota que nadie va a leer? — preguntó con tono severo.

—Es la historia más importante que me ha tocado. Como periodista, no puedo dejarla pasar.

Durante un instante, su expresión se suavizó. Casi un gesto fraternal.

—Supongamos que le creo. Usted vio el robo. Identificó al ladrón. Lo siguió. El ladrón murió. Fin de la historia. ¿Por qué meterse con el padre Valenti? ¿Por qué molestar al Vaticano? ¿A los chinos? ¿A los rusos?

—Porque necesito saber el motivo. Las páginas robadas hablaban de la *Florens Solaris*. Y Valenti era uno de los pocos que sabía qué significaba.

—¿Y de verdad cree que a sus lectores les importa?

—¡Sí!

—Vamos, Domecq... ni siquiera las agencias internacionales lo publican.

Me encogí de hombros.

—Yo solo quiero contar la verdad. ¿Va a hablarme de la *Florens Solaris* o no?

—No.

—¿Entonces para qué vino?

Se puso de pie. Con la lentitud de quien quiere dejar claro que no tiene prisa.

—Para advertirle que está en peligro.

—Hizo un viaje inútil —dije, crispado.

—Puede ser. Pero antes de irme, le voy a dar un dato.

Extraoficial, por supuesto.

La miré a los ojos, ansioso.

—La escucho.

—El padre Valenti no murió. Fue trasladado a Harbin, bajo un acuerdo con el Instituto Tecnológico Chino. Desde hace más de veinte años protege un secreto que usted, Domecq, está a punto de profanar.

No añadió una palabra más. Caminó hacia la puerta. El chofer ya la esperaba con el motor encendido.

La vi alejarse desde la ventana, con la pava aún humeando sobre la hornalla. Necesité salir al aire libre. Respirar. Ordenar el torbellino que me había dejado en la cabeza.

Pensé en parar. Publicar solo lo que ya sabía. Ser prudente. Dejar que las potencias se destruyeran entre sí.

Pero entonces recordé a Elías. Asesinado por buscar la verdad.

No. No podía detenerme. No ahora.

17. Criptas jesuíticas

En medio de mis reflexiones, recibí un mensaje de Joanna. «*Tenemos que vernos*», decía.

Cuando le recordé que estaba bajo monitoreo judicial, respondió: «*Ya notifico al fiscal. Mañana temprano te paso a buscar por Cañuelas*».

Dicho y hecho. A primera hora, se presentó con su auto. Llegamos a la Capital en una mañana indecisa, que se debatía entre la niebla y la promesa del sol. Los faroles de la Avenida de Mayo seguían encendidos, titilantes, como si dudaran entre la noche y el día.

Joanna caminaba con paso firme. Yo, en cambio, avanzaba con esa cadencia propia de quien presiente que algo importante está por suceder.

Nos detuvimos frente a la Iglesia de San Ignacio de Loyola, en pleno corazón colonial de Buenos Aires.

—¿Aquí? —pregunté.

No respondió. Empujó la pesada puerta de roble, tallada con angelotes barrocos, y entramos.

Descendimos al subsuelo.

—Elías intentó llegar hasta aquí —dijo en voz baja mientras avanzábamos por un pasillo estrecho y húmedo, flanqueado por criptas jesuíticas—. Ni siquiera con el respaldo de Reuters pudo lograrlo. Si él te legó esta búsqueda, creo que debés conocer el

corazón de este laberinto.

—¡Por supuesto! —le respondí—. Desde que lo mataron, todo lo que le importaba se volvió prioridad para mí. La *Florens Solaris* ya no es una investigación. Es mi brújula. Quizás... mi razón de ser.

Nos detuvimos frente a una puerta imponente, de madera maciza. Tenía una inscripción en latín que no alcancé a descifrar. Joanna giró una antigua manivela y la abrió. Accedimos a un ascensor con rejas de hierro forjado que nos recibió con un chirrido mecánico.

El descenso fue lento. Luego, una escalera de caracol. Angosta. Oxidada. La luz apenas alcanzaba para no tropezar.

Al final, se abrió ante nosotros una sala abovedada. Vitrinas de hierro, vitrales sellados, luz tenue y un olor denso: a papel, a secretos, a traición.

Un hombre nos esperaba. Alto, delgado, rostro pálido y cabello gris. Llevaba jeans, zapatillas y una remera negra. La contradicción entre su atuendo y el escenario no podía ser más inquietante.

—Señor Domecq —dijo, con voz gastada—. Al fin lo conozco.

No se presentó. No me dio la mano. Tampoco nos invitó a sentarnos.

—¿Quién es usted? ¿Cómo sabe mi nombre?

—Soy jesuita. Y pariente de Elías. Pero, sobre todo, fui su mentor. Y su fuente sobre el padre Valenti... el Custodio de la Luz.

Hizo una pausa. Estaba atento a nuestras reacciones.

—Soy discípulo de Valenti. Y guardo algo que sólo debía compartir en caso de emergencia: la única copia del *Codex Solaris*. El complemento oculto del *Códice Atlántico*.

Me estremecí. Era una sensación difícil de definir. Una mezcla

de revelación y vértigo. Estaba ahí. Después de semanas de huellas falsas, por fin algo auténtico. Pero mi intuición, siempre alerta, me susurraba que desconfiara de aquel supuesto jesuita.

—¿Quién mató a Elías? —pregunté, sin rodeos.

Bajó la vista. Luego me miró como quien carga con una culpa que no le pertenece.

—Ojalá hubiera un solo culpable. Pero esto no fue un crimen. Fue un acto de guerra.

—¿Guerra? —intervino Joanna.

—Sí. Una guerra silenciosa. Nadie la denuncia, pero está ocurriendo.

Sacó una hoja doblada en cuatro. Era una imagen satelital, borrosa. En blanco y negro.

—Quiero que me ayuden a verificar esto.

—¿Qué es? —preguntó Joanna, sin ocultar su escepticismo.

—Una estructura en Siberia. Cerca de la frontera entre Rusia y China. Esa forma circular... parece un nodo heliocinético. Según mis fuentes, lo están construyendo a partir de planos de Leonardo y de Vitruvio. Los mismos que el padre Valenti protegía con su vida.

—¿Insinúa que mataron a Elías por esto?

El hombre asintió. Lento. Sin dramatismo.

—Le compartí esta información. Usé canales cifrados. Elías intentó mover los hilos en Reuters, pero lo asesinaron antes de que pudiera hacerlo. Además, desde hace semanas, tampoco sé nada de Valenti.

Se hizo un silencio espeso. Luego me miró con algo que parecía una súplica velada.

—Por eso creo que debe ser usted quien viaje a Harbín. Yo lo apoyaré desde aquí.

—No puedo salir del país —le recordé—. Estoy bajo libertad condicional.

Suspiró. Cerró los ojos un segundo. Luego, con tono resignado, preguntó:

—Así como Elías lo eligió a usted... ¿puede recomendarme a alguien más?

Dudé. Pero muy poco.

—No —dije—. Para esto no basta con ser capaz. Se necesita alguien confiable. Y en este momento, no confío en nadie.

18. Mecanismo cosmológico

Joanna me llevó de nuevo a Cañuelas y regresó a la Capital. Esa noche, mateando en soledad, recordé mi primera conversación con Marivel Molina. Me había prometido ayuda a cambio de citar a Reuters como fuente. Un típico acuerdo entre periodistas y medios de comunicación.

Pero las cosas ya no eran como antes. Yo estaba en libertad condicional y no podía salir del país. Sin embargo, tenía algo que el mundo entero deseaba: una pista certera sobre el esquivo padre Valenti.

Sin dudar, le escribí a Marivel:

«El padre Valenti (Custodedella Luce) está vivo, pero en Siberia. Como no puedo viajar, sugiero que Reuters envíe a un corresponsal. Recomendando enfáticamente a Hermenegildo Solá».

Su respuesta fue tan contundente como esperada: *«De acuerdo. Hablaremos con él»*. Medio mundo buscaba a Valenti, y la agencia Reuters no iba a desaprovechar esa oportunidad.

Esa misma tarde, una camioneta blanca con el logo de *Thomson Reuters* se detuvo frente a la tranquera. El polvo del camino rural aún flotaba en el aire cuando bajó el hombre que parecía llevar encima el peso —y el prestigio— de todo el periodismo argentino: **Hermenegildo Solá**.

Lo conocía desde los noventa, cuando escribíamos en *Página/12* y su pluma podía derribar dictadores, arruinar fortunas o convertir una nota de dos páginas en un escándalo internacional.

Solá había envejecido, pero a su manera. Su figura seguía siendo imponente: corpulento, barba desprolija, anteojos redondos y livianos —en contraste con mis gafas pesadas de miope empedernido—. Vestía su uniforme de siempre: traje bien cortado, camisa colorida, zapatillas de lona blancas. Ya no fumaba puros, pero todavía llevaba uno en el bolsillo, “por si acaso”. Tosía como un perro viejo, pero sus ojos... sus ojos eran los mismos: ojos de halcón.

—Gracias, Domecq —dijo, al abrazarme.

—¿Gracias por qué?

—Por haber destapado la olla. Hace años que sigo al padre Valenti. Nadie me financiaba. Y vos... vos abriste la puerta.

—Deberías agradecerle al pobre Elías —le dije.

—Por supuesto. Era mi asistente. Y si se arriesgó tanto, tal vez fue por culpa mía —respondió apesadumbrado

—No te culpes. Lo llevaba en la sangre.

—Sí... —murmuró—. Elías era un periodista de raza.

Ya instalados en la casa prestada por Joanna, saboreando un café recién hecho, Solá preguntó:

—Decime, ¿cómo carajo descubriste dónde estaba Valenti?

Le conté todo. Sin edulcorantes. Que Elías tenía un pariente jesuita, discípulo del propio Valenti, que lo convenció de viajar a Harbin. Que, tras su muerte, ese jesuita me contactó a mí. Que yo no podía viajar. Y que por eso había pensado en él.

Solá me miró fijo.

—¿Estás seguro de que no podés viajar? Encontraste al guardián del secreto de Da Vinci y vas a quedarte acá, mirando los pajaritos...

—La justicia no me deja opción. Estoy bajo libertad condicional. Monitoreado. Además, ubicar a Valenti no es lo mismo que contactarlo.

Solá asintió. Comprendía, aunque no le gustaba.

—Antes de partir, necesito que me cuentes todo. Absolutamente todo —pidió.

Tomé aire. Lo que venía no era fácil de decir. Ni de creer.

—Te lo cuento porque sos vos —le dije—. Un escribano me entregó una carta que Elías dejó, en caso de muerte violenta. Decía:

«Domecq:

Si estás leyendo esto, estoy muerto.

El proyecto Florens Solaris es real. No es un arma ni una fuente de energía. Es un mecanismo cosmológico. Es un regulador de ciclos.

Como el eje del mundo.

Si alguien lo activa sin comprender sus límites, el tiempo podría fracturarse.

El mecanismo está en Harbin. La clave, en Roma. En el archivo de Valenti.

Y cuidado, porque alguien me mató».

—¿Un mecanismo cosmológico? —repitió Solá, en voz baja.

—Yo tampoco lo entiendo. Ni siquiera estoy seguro de que Elías haya escrito esa carta.

—¿Entonces?

—Entonces creo que estamos frente al mayor enigma de nuestras vidas. Y que la respuesta está en Harbin.

Nos abrazamos. Como soldados antes de una batalla.

Esa misma noche, Solá volvió a Buenos Aires.

Yo me quedé solo. Con mis dudas, mis miedos y un par de tazas vacías.

Pasaron días sin noticias. Hasta que un mensaje apareció en mi celular. Era de él:

«Hola, Domecq. Me gustaría que estuvieras acá. Porque, por primera vez en años, siento el vértigo de acercarme a algo que me excede. Harbin me recibió con doce grados bajo cero, y una ventisca helada que se me pega en la barba.

El Instituto Tecnológico, fundado por Mao y transformado por los jesuitas en el '64, me abrió las puertas gracias a una gestión vaticana.

Conocí al profesor Qiao Liang: flaco, anciano, gafas minúsculas.

Me hizo escuchar una grabación del padre Valenti. Decía: “Soy el Custode della Luce. El Florens Solaris es el eje. Puede invertir el cielo. El robo del códice fue parte de una guerra silenciosa entre potencias. Si alguien une las partes, moverá el eje a su favor”.

Antes de despedirme, Liang me dio una nota firmada por Valenti:

“El espía ruso que robó la copia del códice y su asesino chino fueron marionetas. La CIA los manipuló. Pero el Florens Solaris no debe caer en manos ni de Oriente ni de Occidente. Es un umbral que no debe cruzarse. Por eso lo dividimos. En Roma, el juicio. En Harbin, la clave. Si alguien los reúne sin sabiduría, la luz se volverá espada”. Firmado: Antonio Valenti. Custode della Luce.

De regreso, haré escala en Roma.

Chau, nos vemos en la Patria».

Apoyé el celular sobre la mesa. Afuera, el campo seguía en calma. Pero yo sabía que algo había cambiado.

Habíamos cruzado un umbral sin retorno. Y lo que venía no era

una historia más. Era la verdadera historia.

19. Maldición cósmica

Pasé horas leyendo, releyendo, subrayando y volviendo a leer el último mensaje del Gordo Solá.

En la era de los satélites geoestacionarios, la idea de mover el eje de la Tierra para aprovechar mejor la energía solar me sonaba a algo viejo, arcaico, renacentista. Un delirio anacrónico, sin sentido en la actualidad.

Y, sin embargo, lo que más me inquietaba no era eso.

Hasta ahora habíamos dado por sentado que la guerra sucia en torno a la *Florens Solaris* se libraba entre China y Rusia. Pero Valenti había apuntado hacia los Estados Unidos.

Eso lo cambiaba todo.

Para confirmarlo, debíamos volver a empezar desde cero: revisar archivos, buscar rastros de la CIA en los secretos del Vaticano.

Llamé a Joanna y le leí el mensaje de Solá, palabra por palabra. Para mi sorpresa, no se mostró extrañada de que los *yankees* estuvieran involucrados.

Desde entonces, ella y yo empezamos a tirar de los hilos. Cada uno desde su rincón del tablero. Ella, desde los sórdidos pasillos del Ministerio de Seguridad. Yo, desde el destierro rural de Cañuelas.

Mientras tanto, el Gordo enfrentaba sus propios fantasmas:
«Hola, Domecq. Llegué a Roma, pero en lugar de la tibieza ambigua de mayo, me esperaban las miradas gélidas de unos tipos que me siguen noche y día. No sé quiénes son ni a quién responden. A pesar del entorno amenazante, ayer me animé a entrar al Vaticano. Me presenté como enviado del Padre Valenti. Luego de una espera interminable, apareció un guardia suizo. Con un gesto seco, me indicó

que lo siguiera.

Bajamos por un pasadizo estrecho, cruzamos una puerta blindada y llegamos a una cámara abovedada. Allí nos esperaba un monje.

Usaba guantes blancos, los adecuados para manipular textos antiguos. Frente a él, sobre una mesa de madera oscura, había una caja de cuero con la inscripción “Florens Solaris”.

El monje abrió la caja. En su interior, un manuscrito. Los dibujos eran similares a los de Leonardo, aunque las anotaciones eran posteriores.

Estaban firmadas por Valenti. Fechadas entre 1967 y 1975:

“El tiempo no es una línea, sino una espiral, y la Florens Solaris puede influir, generando una repetición, un renacimiento... o un colapso”.

Finalizada la lectura, el monje cerró la caja. El guardia me escoltó hasta la salida.

En unas horas tomo el vuelo a Ezeiza. Nos vemos pronto. Chau».

Cuando terminé de leer el mensaje de Solá, no sentí alivio. Sentí un escalofrío.

¿Qué carajo era la *Florens Solaris*?

¿Un girasol de cristal?

¿Una fuente de energía orbital?

¿Un arma?

¿Una máquina del tiempo?

¿Todo eso junto?

¿O nada de eso?

La ansiedad me consumía. El bucólico silencio de Cañuelas comenzaba a agobiarme. Ya no soportaba la soledad y hasta extrañaba al gato. Solo los pájaros me hacían compañía, atraídos por las migas de pan y el recipiente con agua fresca donde, más que

beber, se zambullían.

No me quedaba otra que esperar el regreso del Gordo Solá para barajar y dar de nuevo.

Pero entonces llegó el mensaje de Marivel Molina:

«Domecq, Solá no llegó en el vuelo que le habíamos reservado.

¿Sabe si hizo un cambio de último momento?».

Mi respuesta fue tajante:

«No tengo idea».

Pasaron los días.

Nada.

Según la policía italiana, un taxi lo pasó a buscar por el hotel. Cargaron su valija en el baúl. Solá subió al asiento trasero. Pero la patente no correspondía a ningún taxi habilitado.

Y eso fue todo.

Ni cámaras. Ni testigos. Nada.

Asumí lo peor: el Gordo Solá había corrido la misma suerte que Elías.

Y probablemente, yo sería el próximo.

Recién entonces, el fiscal —presionado por el abogado amigo de Joanna— accedió a asignarme vigilancia en la casita de Cañuelas.

Desde esa noche, viví custodiado. Aunque eso no significaba que viviera tranquilo.

La *Florens Solaris* había dejado de ser un misterio. Ahora era una maldición cósmica.

20. Un umbral hacia...

Desde la desaparición del Gordo Solá, las noches en Cañuelas se volvieron tensas, casi hostiles. Ya no era solo el silencio lo que pesaba, sino algo más denso, más primitivo. Una sospecha. Una amenaza muda, escondida detrás de cada sombra, cada ráfaga de viento.

Dormía mal. Comía poco. Había dejado de afeitarme. No sabía bien qué esperaba. Tal vez una llamada, una señal, una pista. Algo.

Esa mañana, mientras el aroma del café me regalaba una ilusión de normalidad, sonó el celular. Una notificación. Número desconocido. *«Domecq, no busque más. El Gordo no volverá. Y si usted no para, será el siguiente».*

Volví a leerlo. No había firma. Ni remitente. Solo ese tono seco y definitivo que tienen las amenazas de verdad.

Llamé al policía que custodiaba la tranquera. Un muchacho de mirada perezosa y modales de vigilante de shopping. En cuanto le mostré el mensaje, se puso serio. Hizo algunas llamadas. Avisó a su superior. Pero sabíamos —los dos lo sabíamos— que eso no cambiaría nada.

Antes del mediodía, apareció Joanna. El mismo auto. La misma determinación. Pero algo había cambiado. Tenía el rostro pálido, las ojeras marcadas y un gesto de innegable preocupación.

—¿Tenés café? —preguntó, sin saludar.

Asentí. Lo tomamos en silencio, cada uno aferrado a su taza como si fuera un ancla.

Cuando finalmente habló, fue directo al corazón del problema.

—Hay un patrón —dijo.

—¿Qué clase de patrón? —pregunté ansioso.

—Primero Elías. Después el Gordo. Y ahora vos. No es azar. No es caos. Es limpieza.

—¿Limpieza? —dije sorprendido.

—Borran huellas. Eliminan testigos. Alguien quiere tapar algo.

—¿Y qué es lo que quieren ocultar?

—La *Florens* —dijo—. O mejor dicho, lo que la *Florens* puede hacer.

Nos quedamos callados. Y por un segundo, tuve la sensación de que el tiempo también se había detenido.

Joanna abrió su mochila y sacó un sobre de papel madera.

—Esto me llegó hace dos días. Sin remitente.

Adentro había una única hoja. Una fotocopia en blanco y negro. El trazo era antiguo, lleno de curvas hipnóticas. Un sol estilizado, con líneas que se retorcían como llamas danzantes. Debajo, en el margen inferior, escrito a mano con una caligrafía firme:

«*La Florens no es el fin. Es el umbral*».

Me recorrió un escalofrío. Lo miré de nuevo. Sentí que estaba frente a algo que no comprendía del todo, pero que exigía ser comprendido.

—¿Esto es de Valenti? —pregunté, con un hilo de voz.

—Sí —dijo Joanna—. Me confirmaron que es su letra.

Nos quedamos en silencio. Pero no era el mismo de antes. Era un silencio premonitorio.

Y entonces lo supe. Lo entendí, con la certeza de las revelaciones.

La *Florens Solaris* no era un artefacto.

Era una puerta. Un acceso. Un umbral hacia algo que —hasta ahora— no estábamos listos para imaginar.

O peor: algo que no querían que descubriéramos.

21. Tiroteo

Lo supe antes de que ocurriera. No fue un presentimiento ni una corazonada. Fue... otra cosa.

Una vibración en el aire. Como si el silencio dejara de ser natural y pasara a ser absoluto. Demasiado perfecto. Hasta los grillos habían dejado de cantar.

Eran las dos y cuarto. No podía dormir.

Me levanté. Fui al comedor, encendí la lámpara pequeña y abrí mi cuaderno. En la hoja en blanco, sin pensarlo, empecé a dibujar una espiral. Una y otra vez. Otra y otra. Desde hacía días tenía la manía de dibujarla, como si esa forma contuviera algo que mi cabeza no lograba procesar.

Agregué leños a la chimenea. El fuego crepitó. Afuera, los agentes que custodiaban la casa cambiaban de turno. Uno bostezaba. El otro llegaba con un café. Todo parecía en orden.

Hasta que escuché el sonido. Seco. Preciso. Metálico.

Giré la cabeza. La luz del patio estaba apagada. No recordaba haberla apagado.

Fui hasta la cocina. Deslicé la cortina apenas unos centímetros. Oscuridad cerrada. Nada.

Y entonces, un destello. Breve. Un reflejo. ¿Un arma? No llegué a saberlo.

El vidrio estalló. La alarma chilló enloquecida. Corrí al comedor, abrí el armario y encontré el revólver que Joanna me había dejado. Mis manos temblaban.

Sombras. Dentro de la casa. Dos, tal vez tres. Vestían de negro. Movimientos rápidos, calculados. Entrenados.

Me metí en el baño y atranqué la puerta. Apunté hacia ella. No me tenía confianza, pero algo dentro de mí me ordenaba resistir.

Gritos. Disparos. Golpes. La confusión. Y luego, el silencio.

Abrí la puerta apenas una rendija. Con precaución.

En el pasillo, una figura en el suelo. Inerte. Otra, cerca del ventanal.

No me detuve a mirarlas.

En el jardín, uno de los agentes asistía a su compañero herido. Aún respiraba. Minutos después llegaron los refuerzos: dos patrulleros, una ambulancia. Y una hora más tarde, Joanna.

Sin maquillaje. Campera de cuero. La mano sobre la empuñadura del arma.

—¿Estás bien? —preguntó.

Asentí. No podía hablar.

Miró el interior de la casa, evaluando daños: el cuerpo del agente, las huellas en el barro. Y luego, me miró a mí.

—Esto no fue un robo, Domecq. Vinieron por vos.

—¿Van a intentarlo de nuevo?

—Sin duda —dijo y, mientras abría la puerta trasera de su auto, agregó—: Nos vamos. Ahora.

—¿Adónde?

—A una casa segura. Traé lo imprescindible.

No discutí.

Joanna manejó durante más de una hora. Sin hablar. El cielo ya clareaba cuando llegamos. Activó un control remoto desde el tablero y el portón se abrió en silencio. Entramos a un garaje subterráneo. Al fondo, un hombre frente a múltiples pantallas.

Subimos por una escalera de concreto. El aire olía a encierro. A seguridad. Joanna me mostró una pieza mínima: cama, dos sillas, una lámpara de escritorio.

—El baño está al lado. Te dejo pastillas para dormir. Descansá.

Cerró la puerta. Me dejó a solas con el insomnio y el miedo.

Tomé dos pastillas. Me vencieron.

Cuando abrí los ojos, era pleno día.

Joanna me despertó. Bajamos a la cocina. Un hombre esperaba. Serio, de gesto militar. Llevaba cartuchera y pistola.

—Rannazzo —dijo Joanna, presentándolo—. Ex SIDE. Es de mi confianza.

El agente terminó de encender el cigarrillo.

—Me llegó copia de un informe de la CIA —dijo—. Interceptaron una comunicación entre un consorcio chino de nanotecnología y un ex espía ruso radicado en Estambul. Ambos hacían referencia a un “artefacto heliocéntrico”.

—¡La *Florens Solaris*! —saltó Joanna.

—¿Y entonces? —pregunté, sin entender del todo.

—Valenti jugó con las tres grandes potencias —dijo ella—. Les prometió acceso, influencia. Pero lo único que quería era tiempo. Tiempo para esconder la verdad.

—¿Y Elías...?

—Probablemente descubrió algo que no debía.

—¿Y yo qué tengo que ver? —reaccioné.

—Pensaron que él te lo dijo. A vos y a Solá.

—Pero si yo no sé nada —me defendí—. No tengo idea de qué trata la maldita flor.

—Tal vez ese sea el secreto —murmuró Rannazzo, con el pucho colgando del labio.

Joanna lo miró.

—¿Cuál secreto?

—Que nadie sabe la verdad. Que cada uno ve en la *Florens* lo que quiere ver.

—¿Estás diciendo que somos unos idiotas? —saltó Joanna.

—Me refería a las grandes potencias —respondió el agente, sin levantar la voz.

Joanna apretó los labios. Su orgullo luchaba contra la lógica.

Una hora más tarde, volvió a buscarme. Tenía el rostro endurecido. Me mostró un informe.

—Los rusos se nos adelantaron —dijo—. Pero los chinos también están moviéndose. Y la CIA... bueno, la CIA financió a Valenti en los años setenta.

La pieza encajaba.

Todo estaba a punto de estallar.

22. La CIA

Joanna tardó días en conseguir que alguien de la CIA la atendiera. Cuando por fin lo logró, la respuesta no llegó desde Langley, sino desde Uruguay. El mensaje fue críptico. Y el lugar de encuentro, aún más extraño.

La reunión se pactó cerca de Colonia del Sacramento, al atardecer. En un convento abandonado, con muros en ruinas y campanas oxidadas por la mezcla salobre del río y el mar.

El hombre que la esperaba era robusto, pelirrojo, con pecas, de mentón pronunciado y voz gangosa. Tenía unos ojos nerviosos que evitaban el contacto visual, como si temiera delatarse.

—No voy a responder preguntas —dijo apenas verla—. Solo repito lo que me autorizaron a decir. Después me borro: «*La verdad no es una línea recta. Es un laberinto*».

Se acomodó el cuello de la campera y continuó, como quien se saca de encima una carga tóxica:

—China entendió algo que nadie más vio: no hacía falta tener la *Florens Solaris*. Bastaba con convencer al mundo de que la tenía. El poder estaba en la amenaza. Y el único enemigo real era la verdad. Por eso silenciaron a todos los que intentaron alcanzarla.

Hizo una pausa antes de seguir:

—Tras la muerte de su espía, los rusos lo interpretaron al revés. Pensaron que China asesinaba para guardar el secreto de un arma letal. Creyeron que la *Florens Solaris* era real. Como Elías y Solá estaban muertos, concluyeron que solo quedaba un hombre cerca de la verdad: Domecq. Intentaron secuestrarlo en Cañuelas. Fracasaron.

Eso es todo.

Joanna lo miró con frialdad.

—¿Y cuál es la prueba de que está diciendo la verdad?

El agente sonrió con sorna, como si acabara de oír una ingenuidad.

—Le dije que no iba a responder preguntas. *Bye*.

Horas después, en la casa segura, escuchamos a Joanna contar lo ocurrido. Estábamos los tres: ella, Rannazzo y yo. El lugar tenía ventanas blindadas y la frialdad de un quirófano.

—¿Y vos le creés? —pregunté, todavía digiriendo el relato.

Rannazzo, siempre listo con un refrán, dijo:

—En boca del mentiroso, ... todo es dudoso.

Joanna suspiró.

—Jamás pondría las manos en el fuego por la CIA. Pero esto encaja con lo que sospechábamos. Ellos hicieron lo que mejor saben: azucar el fuego. Filtraron fragmentos manipulados del código a los medios rusos, convencieron al Kremlin de que los chinos estaban por desatar una ofensiva tecnológica. Mientras tanto, en secreto, Washington negociaba con el Vaticano cómo manejar el asunto. Estoy segura de que no nos dijeron toda la verdad. La pregunta es qué hacemos. Por ahora, lo único cierto es que los rusos no van a dejar de buscarte.

—¿Y qué proponés? —pregunté, molesto.

—Que sigas escondido. Por un tiempo.

—¿Cuánto tiempo? —insistí, más enojado.

—El necesario —respondió, sin pestañear.

—¿Y qué demonios querés que haga entre estas cuatro

paredes?

Joanna se encogió de hombros.

—Escribí. Se te da bien eso de mezclar ficción y realidad.

23. El libro imposible

El encierro no fue una celda. Fue peor.

No había barrotes, pero cada movimiento estaba condicionado por la certeza de que no podía salir del perímetro asignado. La casa era segura pero incómoda. Una pieza mínima: cama, dos sillas, una lámpara de escritorio, mi notebook. Un baño al lado, compartido con el guardia que debía cuidarme. La amenaza violenta había sido reemplazada por la prudente administración del miedo.

Fue allí, en esa quietud artificial, donde empecé a escribir.

No lo hice por vocación literaria ni por necesidad económica. Tampoco por valentía. Escribí porque era lo único que aún no me habían quitado. Necesitaba ordenar los hechos antes de que otros lo hicieran por mí.

No decidí escribir una novela. Decidí escribirlo ocurrido, según mi punto de vista. Desde el primer párrafo supe que el texto sería ilegible para muchos. No habría héroes, ni villanos reconocibles, ni un desenlace tranquilizador. Solo personas reales moviéndose dentro de una maquinaria que no comprendían del todo. Personas que, como yo, creyeron durante demasiado tiempo que investigar consistía en descubrir verdades, cuando en realidad se trataba de sobrevivir a las interpretaciones.

Me impuse una regla: no inventar nada. Ni siquiera cuando la tentación fuera fuerte. Ni siquiera cuando la memoria dudaba.

Cada frase debía sostenerse por su propio peso, como un acta testimonial. Anoté fechas, lugares, diálogos reconstruidos con la mayor honestidad posible. Dejé huecos cuando no sabía. Admití

contradicciones. La duda también es un dato.

Joanna fue la primera en leer los borradores. No opinó sobre el estilo. No corrigió adjetivos. Se limitó a señalar omisiones peligrosas.

—Si vas a escribir esto —me dijo—, hazelo sabiendo que no es un libro. Es un objeto incómodo.

Tenía razón. El manuscrito no pertenecía a ningún género literario específico. No era ficción, porque los hechos eran verificables. No era periodismo, porque carecía de fuentes citables. No era un informe objetivo, porque estaba atravesado por mi mirada, por mis olvidos, por mis miedos.

Era, en el mejor de los casos, un testimonio sin garantías.

Comprendí entonces que el verdadero riesgo no era publicar, sino “*ser*” el autor de ese texto. Un libro así no busca lectores: busca enemigos. No denuncia a una potencia en particular, ni revela un secreto técnico, ni expone un plan maestro. Hace algo peor: describe un sistema perverso funcionando con normalidad.

Eso es lo que vuelve insoportable a ciertos relatos. Mientras yo escribía, Joanna seguía investigando. Nos movíamos en direcciones opuestas, pero convergentes: yo en el pasado narrado; ella en el presente operativo. A veces compartíamos hallazgos. A veces preferíamos no hacerlo. La protección también consiste en no saber demasiado.

Hubo noches en que pensé abandonar. Bastaba con cerrar el archivo, borrar las copias, aceptar la versión oficial que tantos deseaban imponer. Nadie me lo pidió explícitamente. Esa es la forma moderna de la censura: sugerir que el silencio es una opción razonable.

Pero cada vez que dudaba, volvía una imagen: Elías inclinado sobre su computadora, convencido de que los datos, bien ordenados, podían derrotar al cinismo. Solá riéndose de su propia imprudencia, como si el peligro fuera una superstición ajena. Ellos no habían tenido la posibilidad de escribir.

Avancé entonces con una determinación austera. Sin épica. Sin esperanza exagerada. Sabía que el libro no cambiaría el mundo. Apenas podía aspirar a algo más modesto: impedir que la verdad se ocultara del todo. Porque cuando una historia se clausura, deja de incomodar y se transforma en silencio cómplice.

Al terminar el que podría ser el último capítulo, sentí algo parecido al alivio. No justicia. No satisfacción. Simplemente alivio. Como quien deja constancia de un naufragio antes de que el mar se trague todo.

Le envié una copia a Joanna. Guardé otra en un minúsculo *pendrive*. El resto quedó en archivos dispersos, fragmentados, incompletos. Aprendí de Valenti sin haberlo conocido: algunas verdades solo sobreviven cuando no están enteras en ningún lado.

Ese fue el nacimiento del libro imposible. Un texto que no prueba nada, pero da testimonio.

24. Gatopardismo

Joanna Grau nunca creyó en los finales. Creía en desvíos y ramificaciones. En el punto exacto en que una historia cambia de eje sin que nadie lo advierta. Cuando los informes se archivan y las muertes se convierten en estadísticas, un conflicto deja de ser lo que aparenta y se transforma en otra cosa. El típico gatopardismo, donde algo cambia para que todo siga igual.

Mientras yo escribía, en mi encierro vigilado, ella entendió que su tarea no era confirmar lo sabido, sino detectar cuándo la trama había dejado de ser lineal.

Hasta entonces, todo parecía responder a una lógica conocida: Rusia, espionaje ilegal, restos de la Guerra Fría reciclados en el presente. Era un relato cómodo. Demasiado cómodo.

Joanna empezó por la muerte de Lautaro Mayer Muños, el espía ruso muerto en una prisión porteña.

Como primer paso buscó, en el bien documentado borrador de mi “libro imposible”, el capítulo donde yo señalaba al sicario chino **Chén Wújiàn**, como autor material de ese asesinato. Al leerlo, encontró un par de preguntas sin contestar: ¿A quién reportaba Chén en Argentina? ¿Quién era el autor intelectual del asesinato de Lautaro Mayer Muños?

Intuyendo un cabo suelto, Joanna volvió a leer el expediente judicial.

El documento inicial hablaba de suicidio. Luego del cambio de carátula: homicidio entre reclusos. Versiones contradictorias, todas pobres. En su momento, ella había solicitado registros que nadie suele pedir: los traslados internos en aquella cárcel transitoria, los

cambios de turno, las cámaras fuera de foco, los silencios administrativos. Así, descubrió una anomalía mínima, casi invisible: un detenido que no figuraba en el pabellón, un hombre sin visitas, sin pasado penitenciario claro, que ingresó cuarenta y ocho horas antes de la muerte de Lautaro y fue trasladado la mañana siguiente: Chén Wújiàn.

Joanna lo había detectado de inmediato. Durante sus años en el Servicio de Inteligencia, había visto ese mismo procedimiento en informes de Hong Kong, de Macao, de puertos africanos donde China operaba sin uniformes ni banderas. Sicarios relocalizados sin sede fija, hombres sin biografía, entrenados para matar y desaparecer dentro de sistemas ajenos.

Al intentar confirmar su sospecha, ninguna fuente le aportó una prueba concluyente. Pero todas decían lo mismo. El espía ruso Lautaro Mayer Muños murió porque China decidió cerrar una boca peligrosa.

Ese dato alteraba todo. Hasta ese momento, el conflicto podía leerse como una disputa heredada entre las dos potencias de la Guerra Fría. Pero la muerte de Lautaro introducía un tercer actor, silencioso y metódico. China no reaccionaba: anticipaba. No respondía al mito de la *Florens Solaris*; lo administraba.

Ahora, Joanna estaba segura de que a China no le importaba qué era la *Florens Solaris*, sino qué creían los otros que era. Bastaba con alimentar esa creencia, sostener la ambigüedad, dejar que Rusia y Estados Unidos se miraran mutuamente con desconfianza mientras alguien más operaba en la penumbra.

El conflicto ya no era bilateral. Era triangular. Y profundamente

asimétrico.

Sin embargo, esto no respondía mi pregunta: ¿A quién reportaba Chén Wújiàn en Argentina?

Entonces, Joanna releyó los asesinatos bajo esa nueva luz. Elías y Solá tenían algo en común: habían avanzado un paso más allá de lo permitido. No hacia la construcción del artefacto, sino hacia la comprensión de su naturaleza simbólica. Y eso era intolerable para quien necesitaba que el mito siguiera siendo operativo.

«China no quiere la Florens Solaris. Quiere que los demás crean que podría quererla» —pensó la ex agente de inteligencia.

Esa estrategia explicaba casi todo: la infiltración carcelaria, el uso de mafias locales, los asesinatos quirúrgicos sin reivindicación. No había amenazas públicas ni demostraciones de fuerza. Solo correcciones silenciosas del relato.

Recién cuando terminó de reconstruir la secuencia, Joanna entendió el rol real de Valenti. El sacerdote había intentado impedir exactamente eso: que una idea del Renacimiento fuera convertida en herramienta de dominación contemporánea. No protegía un objeto. Protegía una advertencia.

Leonardo había pensado el sol como medida, no como arma. Los Estados modernos lo habían convertido en pretexto.

Joanna redactó un informe donde, por primera vez, China aparecía como actor central, no por su poder militar, sino por su inteligencia narrativa. El documento no acusaba formalmente. Se limitaba a describir un mecanismo: cómo una potencia podía reconfigurar el tablero global sin disparar un solo tiro visible.

Como ya no era una agente activa, sino una reservista dedicada

al análisis criminal, el informe de Joanna chocó contra la burocracia y fue archivado. Como tantas denuncias importantes.

Pero, como buena ajedrecista, hizo una jugada inteligente: Joanna se aseguró que yo lo leyera.

Cuando me visitó, en la casa segura, reconoció el mayor error de las autoridades argentinas:

—Creyeron que estaban investigando un secreto —me dijo—. En realidad, se trataba de una puesta en escena.

A continuación, me compartió sus conclusiones sobre el papel de China en el caso da Vinci.

Yo entendí de inmediato. A partir de ese momento, mi “libro imposible” ya no podía limitarse a Rusia, ni a la CIA, ni al Vaticano. Debía mostrar a China como la nueva potencia que dejó de buscar la verdad y empezó a gestionar percepciones.

25. Investigación Digital.

Aislado en la “casa segura”, mi única opción para continuar investigando era Internet.

Esta vez no me retrotraje a Leonardo, ni siquiera al “*Custode della Luce*”. Eso formaba parte de la puesta en escena que mencionaba Joanna. Preferí buscar el momento en que la historia dejó de ser investigación y pasó a ser creencia.

Releí cada informe oficial como si fueran novelas mal escritas. Detecté repeticiones y omisiones sospechosas, adjetivos innecesarios, conclusiones demasiado rápidas. Los documentos coincidían en algo inquietante: ninguno describía un hecho concreto con precisión técnica. Todos hablaban del “efecto” del objeto, nunca del objeto mismo.

Era como si la *Florens Solaris* existiera solo en futuro condicional: “podría ser capaz de...”, “sería utilizada para...”, “representaría una amenaza si...”.

Recuerdo que subrayé esas frases una por una. Las repetí en voz alta y me parecieron hipótesis convertidas en doctrina.

Fue entonces cuando entendí la trampa.

Nadie había intentado construir la *Florens Solaris*.

Nadie había demostrado su funcionamiento.

Nadie había exigido una prueba material.

Y, sin embargo, todos habían actuado como si ya existiera.

Esa constatación significaba que no estábamos ante una carrera armamentista, sino ante algo más sutil: una competencia narrativa. Ganaba no quien poseyera el artefacto, sino quien lograra convencer a los demás de que lo poseía.

Recordé una vieja lección de “El arte de la guerra: *«el arma más efectiva es la que obliga al enemigo a reaccionar sin haber sido disparada»*».

Revisé entonces los asesinatos, no como crímenes aislados, sino como ajustes de un sistema global.

Lautaro Mayer Muños no murió por lo que sabía, sino por lo que representaba: un eslabón suelto, un portador involuntario de una historia que debía permanecer abstracta.

Elías Lichtenstein fue eliminado porque intentó traducir el mito a datos verificables.

Solá desapareció porque comprendió el mecanismo completo y, peor aún, intentó contarlo.

Ninguno fue una víctima accidental. Tampoco fueron objetivos estratégicos mayores. Fueron —pensé—muertos necesarios. Aquellos cuya ausencia ordenaba el relato sin provocar escándalos irreversibles.

Esa idea me acompañó durante noches enteras. No había un villano único al que señalar, ni una sala siniestra donde se tomaran decisiones fatales. Había comités, interpretaciones cruzadas, informes que se respondían a otros informes. Una coreografía lenta y eficaz donde cada actor creía estar reaccionando a una amenaza externa,

sin advertir que la amenaza era el propio relato compartido.

La *Florens Solaris* no había sido un descubrimiento. Había sido una excusa. Una construcción útil para justificar presupuestos secretos, operaciones encubiertas, pactos silenciosos entre potencias que públicamente se declaraban enemigas. El enemigo común no era el otro Estado, sino la posibilidad de que alguien demostrara que no había nada concreto detrás del mito.

Entonces, comprendí el rol de Valenti. El sacerdote no había protegido un artefacto, sino una idea peligrosa: que el conocimiento en manos del poder se vuelve ingobernable. Leonardo no había diseñado un arma; había advertido sobre el uso político de la observación del mundo.

El error histórico fue confundir comprensión con dominio.

26. Narrativa funcional

Cuando terminé la reconstrucción mental del “caso *Florens Solaris.*”, redacté un capítulo adicional a mi “libro imposible”. No tenía un destinatario claro. No acusaba a China, ni a Rusia, ni a Estados Unidos. Habría sido demasiado simple. Señalaba algo más difícil de aceptar: la inteligencia contemporánea se había convertido en una fábrica de ficciones funcionales.

Sin embargo, la historia no había terminado. Y yo, encerrado en una casa segura, era la prueba evidente.

Por entonces, estaba convencido de que quienes querían eliminarme eran los mismos que asesinaron a Elías y, quizás, los mismos que decidieron matar a Solá y, por qué no, también a Lauraro, el espía ruso. Pero no tenía nombres.

Mientras no pudiera identificarlos yo seguiría en peligro, protagonizando una historia circular, interminable.

Con este nuevo objetivo por delante, me retrotraje a una pregunta que aún no tenían respuesta: «¿A quién reportaba *Chén Wújiàn en Argentina?*».

Como miembro del Servicio de Inteligencia, Joanna había accedido a una conclusión oficial cuanto menos incompleta: «*El espía ruso Lautaro Mayer Muños murió porque China decidió cerrar una boca peligrosa*». Nada más. Ni una palabra sobre quién contrató al sicario chino. Parecía que nadie estaba interesado en investigar a fondo. Culpar a China, resultaba económico.

Si yo quería llegar a una conclusión más completa y cercana a la verdad, tenía que buscar otras fuentes de información.

Volví a comunicarme con un viejo contacto en Interpol París. El

mismo que señaló a Lautaro como autor del robo de las páginas de Leonardo da Vinci, en Amboise.

Mi nueva pregunta fue: «¿Quién era el autor intelectual del asesinato de Lautaro Mayer Muños?».

Extrañamente, como respuesta, el agente de Interpol me envió el link de un artículo publicado por BBC de Londres, el 22 de mayo de 2024: «*EUU y China intensifican su guerra de espías: la CIA recluta espías que hablen mandarín*».

Leí la nota dos veces. Después una tercera. No por lo que decía, sino por lo que *omitía*. No hablaba de Leonardo. No mencionaba el *Codex*. No hacía referencia alguna a la *Florens Solaris*. Pero describía con precisión un escenario que empezábamos a conocer bastante bien: la infiltración de la CIA en redes “enemigas” mediante agentes que luego podían ser sacrificados

Recién entonces logré formular la pregunta más importante de esta historia: «¿*Detrás del sicario Chén Wújiàn podría estar la mano omnipresente de la CIA?*».

Habría sido una genialidad—pensé—. Matar a un espía ruso y culpar a China.

De pronto, recordé las palabras de Rannazzo, el ex colega de Joanna, que custodiaba la casa segura.

—Me llegó copia de un informe de la CIA —había dicho—. Interceptaron una comunicación entre un consorcio chino de nanotecnología y un ex espía ruso radicado en Estambul. Ambos hacían referencia a un “artefacto heliocéntrico”.

—¡La *Florens Solaris*! —había exclamado Joanna.

Lo cierto fue que, en aquel momento, sin dudar, dimos por bueno

ese informe de la CIA.

Gran error, en el mundo del espionaje ninguna movida es inocente, menos un informe de la CIA acusando a China.

27. Grito de tero

Semanas atrás, a partir del informe de la CIA acusando a los chinos de espiar un artefacto heliocéntrico ruso, Joanna se había focalizado en buscar una pista china que nos condujera hacia los asesinos de Elías y Solá. Fue el típico grito de alerta del tero, para alejar a los depredadores que buscan los huevos en sus nidos. Emulando al ave, la CIA nos hizo mirar hacia China, lejos de sus propios ilícitos.

Ya no confiaba del todo en ninguna hipótesis. Ni siquiera en las que habíamos construido nosotros mismos.

En un primer momento dudé de Rannazzo, pero pronto pude comprobar que el informe de la CIA era real. Él, simplemente, nos lo había compartido.

Llegado a este punto, volví a comunicarme con mi amigo e informante en Interpol.

«Para buscar la mano de la CIA en el affaire “FlorensSolaris”, ¿por dónde debería empezar?».

La rápida respuesta consistió en otra publicación de la BBC, fechada en abril de 2025: *«Acuerdo bilateral. El Servicio de Inteligencia Argentino (SIA) y su par norteamericano (CIA) firmaron una alianza que incluirá el traspaso de tecnología avanzada y operaciones conjuntas».*

Si bien esta información destacaba la muy estrecha relación entre SIA y CIA, no me brindaba pistas para seguir.

«Por favor, necesito datos concretos para avanzar con mi investigación»—insistí.

Recién entonces, mi informante me envió un dato concreto y preciso: *«Club Americano de Buenos Aires».*

Busqué en Instagram: «*la sede porteña de este club, fundada en 1918, fue creada para promover las relaciones bilaterales entre los Estados Unidos y la Argentina. Desde entonces recibió a infinidad de presidentes, políticos, artistas, embajadores, juristas y pesos pesados del mundo de los negocios*».

Ahora sabía dónde buscar pero no encontraba el cómo.

Recluido y agotadas las búsquedas en Internet, mi única opción era recurrir nuevamente a Joanna.

Para mi sorpresa, ella era miembro de ese exclusivo club devenido en la versión *yankee* de la jabonería de Vieytes. Un lugar donde se conspiraba sin conspirar, donde se hablaba de negocios mientras se repartía poder, donde el espionaje se disfrazaba de diplomacia.

Al día siguiente, cuando ya anochecía, Joanna vino a visitarme. Traía novedades.

—En ese exclusivo club, el nombre del sicario chino apareció como algo secundario. No era una figura central, sino una herramienta. Sólo un ejecutor sin biografía relevante, útil precisamente por eso. Pero culpar al ejecutor es mucho más sencillo que descubrir al autor intelectual —comenzó Joanna y agregó—. Debo reconocer mi error: actué como si la CIA operara solo en la sombra y no a plena luz, entre copas, sonrisas y membecías en clubes selectos.

—¿Entonces? —me apresuré a preguntar.

—Un chino asesinó, Rusia reaccionó, pero Estados Unidos — como tantas otras veces— había escrito el guion.

—Tiene lógica —reconocí—.pero, ¿estás segura?

—Estoy tan segura como de que podés irte a tu casa. Ya nadie

te persigue.

—¿Y si lo publico? —insistí.

—No va a pasar nada. ¿Acaso no viste las denuncias de la BBC? Los yankees no se ocuparon ni de desmentirlas. Es más, no me sorprendería que el propio Trump se atribuya la muerte del espía ruso, como un mérito propio.

—¿Otro aporte a la Paz?—ironicé—. ¿Y la Justicia?

—Te soy sincera, yo ya no espero Justicia —me dijo—. Esto no es un cierre. Es un punto de equilibrio en el medio del silencio

No respondí. Ambos sabíamos que era verdad, pero yo no quería reconocerlo.

Al despedirse, Joanna me compartió un vaticinio:

—Esta historia volverá a repetirse, porque no está resuelta. Por ahora, las potencias acordaron narrarlo sin resolverlo.

28. EPÍLOGO

Hay una parte de esta historia que nadie podrá probar. Ni siquiera yo.

No hay fotos. No hay documentos. No hay archivos desclasificados.

Solo estas páginas.

Y mi palabra.

La *Florens Solaris* no era un arma. Nunca lo fue.

Era una excusa.

Un mito reconstruido para justificar amenazas geopolíticas, asesinatos encubiertos, operaciones clandestinas.

Elías y Solá murieron por acercarse demasiado a la verdad. Yo sobreviví gracias a mis custodios.

El manuscrito de da Vinci no hablaba de destrucción, sino de ciclos solares, armonías cósmicas, cuerpos celestes.

Fue un hombre del Renacimiento que imaginó el futuro no para dominarlo, sino para comprenderlo.

China quiso infundir miedo. Rusia, reafirmarse como potencia. La CIA —experta en gestionar crisis desde las sombras— manejó la batuta.

Pero la *Florens Solaris* era otra cosa.

Era belleza.

Era curiosidad.

Era un acto de fe en el conocimiento.

Hoy escribo desde Castelar. Mate en mano. Negro dormita a mis pies, indiferente y sabio.

No sé si alguien leerá estas líneas. Quizás no importe.
Conté lo que quise. Callé lo que debía.

Como escribió Leonardo:

“Una pequeña verdad es mejor que una gran mentira”.

Jorge Domecq

Testigo del engaño más alucinante de la Historia

Castelar (6/2/26)